

LAS PROVINCIAS DANUBIANAS.



Antiguo vivaek ruso (gefes kalmukos) sobre el Danubio. Copia del cuadro de Mr. Leprince.

25 de Noviembre de 1853.

TOMO XI. 31

LAS PROVINCIAS DANUBIANAS.

Curso del Danubio.—El Pruth.—Estadística.—Costumbres.—Hospitalidad.—El agua de los viajeros.—La lengua romana.—Pasado por la guindilla.—Los judíos.—La loca.—Indolencia turca.—Hassan y Jusuf.—Los ladrones y los jueces.—Las mujeres valacas.—Baile sobre ruinas.—El agua del riachuelo natal.

Hace algun tiempo que el mundo entero tiene fija su atención en las provincias de Moldavia, Valaquia y Bulgaria, estrechadas como en un torno de cuatro palancas, entre el mar Negro y el Austria, entre la Rusia y la Turquía europea. Sin entrometernos á examinar á quien pertenecerán en último resultado, porque este no es nuestro propósito, vamos á satisfacer la curiosidad de nuestros lectores con algunas noticias que de seguro han de agradarles.

Las provincias danubianas toman este nombre del gran río que las atraviesa, para ir á arrojarle en el mar Negro.

¡Estrañó destino el del Danubio! Cuando el viajero desciende las vertientes de la Selva Negra para entrar en la Suabia, los guías le preguntan si quiere ver el nacimiento del mas grande río de Europa, y le conducen al pequeño jardín de un modesto principe alemán, donde le muestran una fuentequilla, «miserable cubeto de piedra» diciéndole, «¡mirad al fondo ese; es el origen del Danubio!... Un ligero ruido indica el punto donde comienza á brotar este rey y gigante de los ríos, este vencedor del sol, que en sus setecientas leguas de curso, baña á toda la Germania, volviendo aquí hacia el Norte, allí al Mediodía, mas allá hacia el Oeste se estrella en las Puertas de hierro y en el puente de Trajano, y acaba por lanzarse enrojecido hacia el Oriente para ir á morir en los hielos de un mar de Rusia.

Pocas leguas antes de su desembocadura recibe el Pruth, este Rubicon de la cuestion de Oriente, pasado en Skouleni y en Leova por el ejército del czar.

Los rusos están allí como en su casa, porque durante un siglo que hace protegen la Moldo-Valaquia, estas regiones les deben toda su organizacion financiera, administrativa y militar. La poblacion asciende á 4.000.000 de habitantes, los impuestos á 27.000.000 de francos, el ejército indígena á 50.000 hombres. Jassy solo cuenta 40.000 almas y Buckarest 80.000.

Buckarest significa ciudad de placer, y el primer aspecto justifica este gracioso nombre. Figuraos una ciudad, en donde los palacios de mármol y las casucas de madera, los cimbalillos de los conventos y los chapiteles de sesenta iglesias se pierden en los jardines, los bosques y los paseos. Mas de cerca, el golpe de vista es menos encantador, sin dejar de ser pintoresco. Las calles están enlosadas de tablones ó no tienen nada; sin que haya otra alineacion que la casualidad ó el capricho. Véase una ruinoso casucha junto á un suntuoso palacio; una tiendecilla de feria de apariencia innoble é infecta, al lado de un brillante y lujoso almacén de oro y de cristal. En una palabra, las calles de la Montera y la de la Ruda incrustadas la una en la otra; el estremado lujo insultando la estremada pobreza.

Las iglesias del rito griego, están cubiertas de metal pintado de verde; brillante estuco adorna sus fachadas; profusion de pinturas ornan sus peristilos: la nave está cargada de ornamentos y separada del coro por un gran velo, que no permite ver el altar sino en ciertos momentos: las

cortinas de colores vivos y transparentes comunican á los rayos del sol, reflejos caprichosos y fantásticos...

La principal calle de Buckarest, *Pogonomokoi*, sobre todo por la tarde, se encuentra surcada de trenes como la Fuente Castellana ó el Prado; estos son los boyardos rusos que luchan en ostentacion, hasta el punto de arruinarse, por eclipsar á los demas. Su soberbio boato contrasta con el traje patriarcal y algo salvaje del pueblo valaco, y todavía mas con las grasientas ropas de los judíos usureros que se enriquecen á espensas del capricho de sus señores.

Los valacos son los dacios de la historia antigua: los aldeanos se llaman todavía *romanos* en recuerdo de la conquista de Trajano. Dominados sucesivamente por los godos, los hunos, los lombardos y los slayos, han recibido de estos su último nombre, á quienes los italianos llaman *vlhas*. Sometidos por Bayaceto en el siglo XIV, protegidos despues por la Rusia desde 1854, están hoy gobernados por un hospodar elegido á la vez por el czar y el sultan.

Todos son iguales en derecho, pero desiguales ante la ley, la propiedad y la nobleza, esceptuados los bohemios que forman un total de 250.000 en Valaquia y Moldavia.

La legislacion y la lengua de Buckarest, he aquí el hecho mas sorprendente, son la legislacion y la lengua francesa. Mientras que la Turquía y la Rusia, á dos pasos de los valacos, se disputan con encarnizamiento los cuerpos y las tierras, del otro extremo de la Europa y sin pensar en ello, la Francia se ha apoderado de su espíritu y de sus costumbres.

El francés es el eje de la educacion nacional: hay cuatro escuelas gratuitas de francés en Buckarest, y veinte en los diez y ocho distritos: cada familia bien acomodada da á sus hijos un preceptor francés. Las señoras valacas llevan las modas de París; y no es esto porque estén mas favorecidas, porque su traje indígena es encantador, sino porque les sucede lo que á las españolas, que no se atreven á vestir mas que á lo extranjero.

Buckarest tiene cafés, gabinetes de lectura, casino musical y salas de baile: allí se ve en fin, un teatro francés donde se representan óperas, dramas y vaudevilles. El coliseo, bien distribuido en una gran barraca de madera, está lleno casi todas las tardes: las bellas de la poblacion se encuentran en sus palcos adornadas con sus mas brillantes trages. Los oficiales rusos, de gran uniforme, se ostentan delante de ellas, como nuestros elegantes oficiales en las plazas fuertes. El patio ofrece la mas curiosa mezcla de todos los tipos orientales, griegos, turcos, armenios, búlgaros, etc.

Pero para juzgar los contrastes de los tipos y las costumbres nacionales, es preciso recorrer las grandes ferias de Valaquia, particularmente la de San Pedro de Giorjevo: cabezas de mugeres jóvenes, mitad bíblicas y mitad salvajes, la cara rodeada de cabellos rizados y de un collar de perlas que caen sobre el pecho, trenzados enormes que bajan hasta las caderas, jubones recargados de bordados arabescos, camisas flotantes á la usanza griega, ó sobretodos abigarrados al estilo turco: hombres vigorosos y soberbios, calzados con gruesas botas, cubiertos con un ahuecado gorro, con anchos calzones flotantes, ropones guarnecidos de pieles, cabellós tendidos sobre la espalda, largos bigotes caídos, capas negras sobre el hombro, ceñidores de cuero en forma de bandolera, y bastones de viage en la mano,

todo esto hormigueando, bebiendo, comprando y vendiendo los géneros locales ó extranjeros, granos, tabaco, caballos, miel, vinos, th  de carabanos, etc., en medio de aquellas bulliciosas calles de una ciudad de tiendas y pabellones recamados con todas las banderas de Europa y de Asia. Pero en cuanto uno se aleja de este centro animado, de ese país oriental, la barbarie turca reaparece sobre el fondo de las colonias trajanas.

La afición   los colores se revela en las pintadas iglesias, en las camas, en las sillas de los caballos, en los canastillos de boda, en los vestidos de los días festivos, todos pintados de caprichos que traen   la memoria los mosaicos de Roma.

Las costumbres de estos pueblos son estremadamente dulces y hospitalarias.

Se encuentra frecuentemente,   lo largo de las calles, vasos llenos de agua para el viajero sediento.

Entrad en una cabaña, dice un testigo ilustre, una muger hermosa que est  hilando dentro se os acerca y saluda graciosamente en el antiguo encantador lenguaje de su país. Todo lo abandona con diligencia y os recibe con el entusiasmo que inspirará   una hermana la vuelta de su adorado hermano. Corre   la fuente, y segun los antiguos usos os ofrece *l'apa n'inceputa*, el agua pura   la que no ha tocado mano alguna. Lavadas vuestras manos os dar  para enjuagarlas aquella tela brillante que hizo al casarse para adornar con ella el cuello de su amado. Ofrece todo lo que tiene, su mejor leche, sus frutas reservadas para el hijo ausente; el extranjero es el preferido: es el enviado del cielo.

El aspecto del país recuerda los campos americanos: hasta en el fondo de los desiertos incultos la naturaleza valaca se corona de árboles grandiosos y se reviste de un inmenso tapiz de flores.

La lengua romana es un lat n sencillito que se exhala en proverbios de resignación: *Dar pe moarte* (dar hasta matar)   en suspiros   en melodías de un encanto tierno y meditabundo, eco lejano del canto de los pastores de Virgilio.

No se puede leer sin dolor los trabajos de tan apacible nación bajo el despotismo fatalista de los musulmanes. Un proverbio horroroso dará una idea de ellos. *Le hemos pasado por las guindillas*. He aquí el origen de esta locución. Cuando un labrador rehusaba   no podía pagar el tributo, los recaudadores turcos le ataban en su propio hogar por cima de una estufa donde se quemaban guindillas... Al cabo de veinte minutos le desataban hinchado, avioletado y medio muerto y le declaraban insolvente escribiendo sobre le registro del fisco: *Le hemos pasado por la guindilla*.

Un viajero inglés, el doctor Neigebaur, ha publicado curiosas impresiones de vi jes en las provincias danubianas.

El primer individuo que encuentra al desembarcar el río, es un muchacho judío que levanta un cofre tres veces mayor que él.

— Podr s con ese peso?

—Es preciso porque, no he comido desde ayer.

—No tienes padres que te alimenten.

— Mis padres? los húngaros los matan como espías de los servios, los turcos como espías de los rusos y los musulmanes como espías de los griegos.

El muchacho no estaba desanimado, y como todos los judíos del país, de economía en economía har  fortuna, si no lo matan   su vez.

Pase ndose una tarde por una aldea asolada por la guerra, el viajero apercibe una muger sentada sobre las ruinas de una casa quemada, los cabellos sueltos, la cabeza apoyada en las manos, los ojos clavados en los últimos reflejos del día.

— Qu  haceis ab , buena muger?

—Reposo antes de acostarme... Esta es mi vivienda... No me llevarán al menos la última piedra... quiero defenderla contra los rayas...  No habeis oído decir que esta noche pagarán fuego   la ciudad?

La desgraciada había perdido la razón. Rehus  acompañar al viajero, porque esperaba   su marido, con quien se había desposado ocho días antes.

Desconsoladora im gen de una nación sin dueño, que sufriría menos bajo el yugo de un tirano que siendo el ayunque de unos y el martillo de los otros.

La indolencia profunda de los otomanos contrasta con las punzantes miserias de sus súbditos.

El doctor Neigebaur llega á la ribera del Danubio agitado por una violenta borrasca. Tiene, no obstante, necesidad de ganar la otra orilla, y se dirige á los barqueros turcos, reputados por los mas hábiles y audaces. Se acerca   un anciano de cara bronceada, barba blanca, turbante de igual color, que sentado sobre sus cruzadas piernas, y con el cañon de su pipa en los labios, apenas podía distinguir al través del espeso humo del tabaco.

— Quereis pasarme? le pregunt  el doctor.

Sin hacer el menor movimiento, sin levantar los ojos, el musulman hizo un signo negativo de cabeza.

— Creeis que la tempestad no se calmará hoy? le volvió á preguntar el viajero.

El viejo quita entonces de sus labios la boquilla de la pipa, repite por dos veces *jok, jok*, agita de nuevo la cabeza pero afirmativamente, y hace casta etear su lengua en señal de la infalibilidad de su opinión.

El doctor, con todo, no comprendiendo nada de este lenguaje, sino que el turco le rehusaba sus servicios, pregunta   sus compañeros de vi je qué es lo que deben hacer, puesto que n aun los mismos otomanos quieren aventurarse sobre el río.

—Eso es imposible, respondió el viajero interrogado, un turco se embarcar a aun cuando la ciudad estuviese debajo del Danubio...

Y el segundo viajero, repitiendo las preguntas del primero, arranca al fin al anciano una respuesta verbal y categórica.

Había declarado que pasaría   los aficionados,   condición de esperar, no   que se aplacase el huracan, sino á que concluy se de fumar su pipa, *tchibouk*.

El carácter musulman est  impreso en esa palabra.

No supe hasta mas tarde, añade el doctor, que el signo negativo de cabeza entre nosotros, es afirmativo entre los turcos, y que espresan la negación por un sonido de la lengua, meneando la cabeza y cerrando los ojos.

Mr. Neigebaur cita además dos modelos curiosos del fatalismo de los otomanos.

Visit    Ust -Hassan, fabricante de pipas de arcilla, y éste, sin dejar su trabajo de tallar los cubos de ellas, contó   su huésped con halagüeña filosofía, que antes de la victoria de los servios, su padre era uno de los mas ricos propietarios de Belgrado.

Así en lugar de ganar mi vida en una casucha, amasando arcilla, estaba destinado á vivir en palacios y tener magníficos jardines. ¡Todos somos los mismos! añade el musulmán rechazando los elogios del extranjero; mirad en la tienda próxima al viejo Yussuf, ese zapatero remendon con barba cana, que canta como si estuviera en la sinagoga, componiendo mi calzado por veinte paras. Antes que Jorge el Negro (Czerni Georger) nos hubiese arrojado de la Servia, Yussuf tenía cuarenta mugeres en su harem, y 200,000 ducados en su tesoro. Al perder todo esto de un solo golpe, se quedó reflexionando y examinó sus manos; después hallándolas á propósito para el trabajo, cogió una lesna y se puso á echar plantillas á las babuchas.

Habiendo hablado así, Hassan envió á llamar á su vecino. Llega Yussuf cantando y se sienta en el banco del mercader de pipas, dejando entrever en el deterioro de su pantalón eucarnado y su chupa azul las grandezas pasadas.

—Si me habeis llamado para fumar un *tchibouk*, dijo á su paisano, estoy á vuestro servicio; pero si vuestros zapatos me reclaman, andareis descalzo hasta mañana, pues no trabajo hoy.

—¿Y por qué? le preguntó un oficial de Hassan.

—Porque he ganado para comer todo un día, le respondió con una flema asombrosa el antiguo propietario de cuarenta mugeres y 200,000 ducados.

Trajeron café y pipas, y el anciano Yussuf contó con dignidad y sencillez que no hay muchos turcos en el Danubio que puedan jactarse de ser hijos de Abdalláh, pachá de Roumelia, y ejercer el oficio de zapateros remendones en la calle.

Cuando el doctor se despidió de sus huéspedes Hassan le regaló su mejor pipa, y Yussuf, no pudiendo ofrecerle un zapato viejo, le dió la rosa que llevaba en su faja.

Hassan tenía razón al decir: «Todos somos los mismos.» Al oírlos se cree leer una página de las *Mil y una noches*.

Nuestro viagero da una idea de la justicia moldo-valaca por las anécdotas siguientes:

Las reliquias del ejército húngaro buscan por acá y por allá la libertad... los pasajeros... y la reforma... de su bolsillo.

Estos pintorescos bandidos caminan en pequeñas cuadrillas, bien montados, armados con una lanza, sable, escopeta, y una especie de lazo para alcanzar su presa. Al revolver de un camino, en un sembrado de alto maíz, ó detrás de un bosquecillo, esperan los carruages á la claridad de la luna y desvalijan á los transeúntes en un abrir y cerrar de ojos.

Hace algun tiempo, que de la propia manera robaron á un extranjero su reloj, su dinero, sus halajas, y cuanto llevaba de algun valor... Se quejó ante el juez del lugar, y se dirigió á la audiencia con la fé de un hombre honrado; ¿pero qué es lo que se ve sobre la mesa del magistrado? Su propio pañuelo de faltriquera envolviendo la parte que los salteadores le habian llevado cinco minutos antes... Tuvo la imprudencia de reconocer su propiedad y de esclamar, preguntándose á sí mismo, ¿si la justicia comparte los beneficios del crimen? El juez se apresuró á probarle lo contrario; haciendo prender á los ladrones? ¿De ningún modo! haciendo administrar al robado sendos palos. Así la víctima se encontró condenada al... al silencio.

Mas recientemente, un individuo fué atacado por un sal-

teador, perdió la bolsa en la lucha, pero arrancó un faldon de la casaca del bandido. Armado con la prueba del delito se dirige al tribunal. Un hombre hablaba con el juez y le apretaba la mano como á un íntimo amigo. El acusador observa á ese hombre y reconoce en él á su ladrón. No podia engañarse tampoco. El miserable llevaba todavía sin advertirlo la misma casaca, de la cual el otro tenía el faldon en la mano. Este le denuncia en alta voz como hombre satisfecho de su venganza, y aplicando á la casaca el retazo que tenía en la mano estableció á la vista de todos la evidencia del atentado. A los ojos de todos, menos á los del juez que tenía ya en su bolsillo una parte del botín... Así, después de una madura deliberación, la casaca sin faldon quedó libre y el robado fué á la prisión... como calumniador.

Las mugeres valacas se consuelan en sus desgracias, con el baile nacional, el traje bordado y el adorno de perlas.

En medio de una ciudad reducida á cenizas, delante de una iglesia desplomada, el doctor encontró una comparsa de muchachas que se deleitaban al son de la zampoña. ¡Música y baile sobre ruinas humeantes!

—¿Cómo estás tan contenta? preguntó el doctor á la bailarina mas vivaracha.

—Bah, respondió ella dando vueltas de wals, los enemigos han quemado mi casa, y si pasara los días llorando no encontraria marido que me edificara otra.

Preciso será decir que los jóvenes no bailaban. Estaban de pie fuera del círculo, ó sentados meditabundos, en las tapias de las paredes ó en los maderos medio consumidos.

—¿Por qué no bailais como las muchachas?

—Desde que sabemos batirnos hemos olvidado el baile.

Esta palabra es de mal agüero para la dominación turca; otro mal augurio es la tradición de la sultana valaca que se cuenta en las provincias danubianas.

Hela aqui:

Había una vez, bajo el reinado de los Solimanes, una joven valaca, tan admirablemente bella, que el sultan de Stambul la admitió en su serrallo elevándola al rango de su primera favorita. Pero en el colmo de los honores y de las riquezas, la sultana cayó enferma de un mal desconocido. Todos los médicos llamados se esforzaron en vano por curarla... Iba á sucumbir en la flor de su edad, cuando uno de sus hermanos llegó de Buckarest, y prometió salvarla con una redomita que llevaba en la faja. La joven reina bebió con efecto el precioso licor que encerraba y recuperó algun tanto sus agotadas fuerzas.

—¿Qué agua es esa? preguntó el sultan ofreciendo pagarla á peso de oro.

—Es el agua de nuestro arroyo natal, respondió el valaco, es la leche de la madre patria que regenera á sus hijos.

El sultan permaneció pensativo, y cien mensajeros á las órdenes del hermano tenían el encargo de renovar semana por semana la bebida de salvación.

A medida que la bella reina la bebía, recobraba la salud, la vida y las gracias de otros tiempos...

Pero cuando de todo punto se encontró restablecida, su hermano iniciado en el laberinto del serrallo, la robó al sultan y se la llevó á la Valaquia...

El grabado que encabeza este artículo representa un antiguo vivac del tiempo de las guerras turco-rusas, copia de un cuadro de Leprince.

ESTUDIOS MORALES.



El conde del Verde-Soto, su esposa y su hijo Cárlos: «Nada faltaba á su felicidad.»—Pág. 246.

UN PRESENTIMIENTO.

—¿Segun eso, dijo Enrique interrumpiéndome, no crees en la Providencia, y opinas que la fatalidad es la que rige y gobierna el mundo?

—Entendámonos, le dije; creo en la Providencia general, en aquella de que emana eternamente la ley que arregla todas las cosas; y para negar esto sería preciso estar ciego ó loco; la naturaleza entera la revela y proclama; pero lo confieso, no creo que una Próvidencia particular seí como de á cada instante por nosotros. Dios, que vela por la conservación de las especies, se cuida muy poco de los indi-

viduos, y es en mi concepto necia manía hacerla intervenir á cada paso en nuestras mas insignificantes operaciones.

—Escúchame, replicó Enrique, ¿qué pensarías de un rey que despues de haber promulgado las leyes de un reino, viviera con los brazos cruzados en el fondo de su palacio? ¿Te parecería menos grande porque estendiera su solicitud hasta el menor de sus súbditos? En la noche oscura y sobre el mármol negro, Dios ve á la hormiga negra, y esto me parece mas conforme con la grandeza del Ser Supremo que los sistemas que le representan inmóvil é indiferente en su gloria.

—¿Por esa cuenta, le pregunté sonriendo, crees en el papel activo de la Providencia, en el destino de cada uno de nosotros?

—¿Y por qué no? replicó Enrique. Si relegas á la Divinidad á las alturas inaccesibles, si no puedo bendecirla en mi alegría ni implorarla en mis tribulaciones, si en caso de apuro no debo esperar nada de ella, ni aun la ramita de yerba que la paloma arroja á la hormiga que se ahoga ¿qué me importa á mi tu Dios? Débil caña que piensa, necesito de un apoyo, necesito un Dios protector. Creo como tú en las leyes inmutables de la creacion. No creo que la Providencia se digne cambiar por nosotros la economía del mundo, y manifestarse á todas horas, ni que debamos invocar néciamente su intervencion, como hacen algunas viejas por su gato ó su canario; pero digo que hay circunstancias en las que no podríamos sin ingratitud, dejar de reconocerla y proclamarla. Todo hombre tiene en su vida, á lo menos una página, á cuyo pie se halla el nombre de Dios escrito con caracteres brillantes. Mira, añadió deteniéndose en medio de una de las hermosas alamedas que baña el Guadalquivir en Sevilla, por donde á la sazón caminábamos los dos: en vez de discutir, como lo hacemos hace dos horas, sobre cuestiones donde todo es tinieblas é incertidumbre, cuando no se penetra en ellas con la antorcha de la fé, ¿quieres que te cuente una historia?

Nos sentamos á la orilla del paseo, sobre el musgo que alfombraba el pie de una encina, y Enrique habló en estos términos, despues de haberse recogido un momento.

I

El conde del Verde-Soto es amigo mio; tan vieja como nosotros, nuestra amistad no ha envejecido un solo día. Nacimos casi al mismo tiempo y crecimos juntos. Nuestras casas están contiguas la una á la otra, y desde aqui podrás ver las torrecillas de su palacio y las sombras de su parque. Si, como creo, pasas algunos dias en mi compañía, le conocerás indudablemente. Si le hubieras tratado hace diez años, sabrías que puede hallarse en este mundo la felicidad. Joven y buen mozo, dueño absoluto de un rico patrimonio, casó con la señorita de G..., que se hallaba tambien en todo el brillo de la hermosura y de la juventud. Su enlace daba un mentís formal al moralista que pretende que no hay matrimonios felices. Vivian en su tierra, haciendo todo el bien que podian á sus colonos y á cuantos imploraban su proteccion, y no sospechaban siquiera que pudiera haber debajo del cielo otras alegrías que las que ellos gustaban á la sombra de sus bosques. Cualquiera habria dicho que habia nacido el uno para el otro, frase que esplica sencillamente la conformidad de sus inclinaciones y la armonía de sus

sentimientos. Se asegura que el encanto de la intimidad nace de la oposicion de los caracteres; yo no lo creo, á no ser que el encanto de la intimidad consista en estar disputando desde la mañana hasta la noche. Aunque tuviesen siempre una misma opinion sobre todas las cosas, eran el uno para el otro un mundo siempre encantador. Habia, sin embargo, un punto muy grave sobre el cual nunca estaban de acuerdo. El conde era en filosofía de la escuela de los indiferentes. Negaba como tú la Providencia, se burlaba de las gentes que tienen la debilidad de creer en ella, y opinaba que Dios habia hecho bastante por nosotros al crear el órden admirable que se ve en el universo, y que en todas ocasiones, debia el hombre contar consigo mismo. La condesa era tan buena cristiana como hermosa, y naturalmente debia afligirla mas de lo que podia imaginarse una filosofía tan contraria á sus creencias y á sus intentos; pero esperaba triunfar de ella á la larga, y por otra parte las discusiones metafísicas no ocupaban demasiado lugar en la vida del jóven matrimonio, para que se turbaran profundamente la paz y la dicha que disfrutaba. Nada faltaba á su felicidad á los diez y ocho meses de estar casados tu vieron un hijo ó mas bien un ángel. No puedo esplicar hasta dónde llegaba su locura y su embriaguez; hubiera sido preciso verlos inclinados sobre la cuna de su hijo.

Una tarde de otoño estaba yo sentado al lado de la condesa, á la puerta de su magnífica casa de campo, y á muy pocos pasos de nosotros, jugaba el conde con su hijo sobre la verde alfombra del prado; era un niño hermosísimo, abierto como una flor, y que prometia parecerse enteramente á su padre. Esta semejanza, notable ya, exaltaba á la vez en la jóven condesa el amor de la madre y la ternura de la esposa. Risueña y recogida contemplaba en silencio el cuadro delicioso que tenia á la vista; pero de pronto desaparece la serenidad de su frente, y vi brillar en sus párpados una lágrima.

—¡Llora vd.! Esclamé cogiéndole la mano ¿qué tiene usted?

—Soy demasiado feliz, dijo, hay momentos en que mi felicidad me abrumba y me espanta. Si es cierto, como nos aseguran, que no hay felicidad duradera en este mundo, y que toda alegría se paga ó se espía, ¿á qué pruebas estoy condenada?

Yo procuré tranquilizarla, y enumeré cuanto debia reanimar su confianza. Su hijo estaba bueno, su marido, casi tan jóven como ella, y su fortuna sólidamente asegurada.

—¿Qué puede vd. temer? añadí; el rayo no estalla en un cielo sin nubes.

—Es verdad, estoy loca, replicó con aire distraido; pero ¿qué quiere vd? esto es mas fuerte que yo; hay instantes en que tengo miedo.

Aquella tarde contra su costumbre estaba inquieta, nerviosa y agitada. Se levantó, corrió hácia su hijo y le besó reiteradas veces diciendo con voz conmovida:—¿No estás enfermo? ¿No sientes nada? El niño estaba colorado y fresco como un ramo cogido en el rocío de mayo. El tiempo amenazaba; vivos relámpagos surcaban el horizonte, y atribuí aquel estado de sobrescitiación á la influencia de la atmósfera, y no me alarmé. Como recordase yo al conde que al día siguiente teníamos una partida de caza, á la que debían concurrir muchos de nuestros amigos, su esposa se puso pálida, y le suplicó que no fuera, súplica que no era la prime-

ra vez que le dirigía, porque las armas de fuego le habían inspirado siempre un horror instintivo; así es que jamás sabía á cazar su marido sin que sintiera ella oprimirse el corazón. Aquella vez empleó en sus ruegos una insistencia muy particular. Su organización delicada se estremecía con el presentimiento de una espantosa desgracia. Después de haber comenzado el conde por reírse de las aprensiones de su esposa, cedió al fin de buen grado, y para tranquilizarla del todo, prometió generosamente que no cazaría en lo sucesivo. Ella se abrazó á su cuello, le dió gracias con efusión, y estuvo alegre el resto de la tarde.

II.

Con efecto, al día siguiente el conde faltó á la cita. La caza fué venturosa y acabó sin contratiempo alguno. Habíamos convenido en comer en mi casa al regreso de nuestra expedición. En el momento de sentarnos á la mesa, vimos aparecer al conde acompañado de su hijo que traía de la mano. Durabale todavía la embriaguez de la paternidad, y se complacía en llevarle á todas partes consigo. Carlos fué recibido con todos los honores debidos á su edad, á su gentileza y á su hermosura verdaderamente maravillosa. A la gracia y elegancia de las razas aristocráticas, unía la fuerza y la espontaneidad de los niños sanos y vigorosos que se desarrollan al aire libre. Entablóse desde luego porfiada competencia entre los concurrentes sobre quien había de acariciarle y festejarle más, disputándose todos sus caricias y sus besos. La joven condesa le había adornado con esa coquetería, cuyo secreto poseen solamente las madres. Yo veía todavía sus cabellos rubios, sus piernas desnudas, su cuello de nieve, y sus grandes ojos, abiertos en el vivo azul de un cielo de primavera. Hubiérase dicho que había sido destacado de una viñeta inglesa, ó más bien, de un lienzo de Hamon. Tomó asiento en medio de nosotros, y fué la alegría del festín.

Concluida la comida, pasamos al terrado donde nos divertimos en tirar á los martinets que volaban por el aire azul de la tarde. Carlos, á fuer de valiente, palmoteaba á cada tiro y corría al punto para recoger el pájaro que no caía jamás. Avergonzado de nuestra torpeza, el conde, que hasta entonces se había contentado con mirarnos, vino á mí y me pidió la escopeta. Yo le recordé sonriéndome la promesa que había hecho el día anterior á su esposa, y respondió que le estaba permitida la caza de gorriones.

—¡Papá va á tirar! exclamó el niño, orgulloso y contento, ¡papá va á matar todos los pájaros!

A estas palabras siguió el más profundo silencio. El conde, inclinada el arma y puesto el dedo en el gatillo, observaba el vuelo de las golondrinas y acechaba el momento propicio. Dispersados nosotros aquí y allí, como cazadores en descanso, esperábamos humildemente la lección que iba á darnos. A pocos pasos de él, estaba el niño de pie, inmóvil y pálido de emoción. Los martinets asustados habían tomado el partido de alejarse. Al fin vino uno que después de haber trazado graciosos giros, se cernió un instante encima de nuestras cabezas. El conde que le seguía con la vista, levantó de pronto la escopeta, salió el tiro y cayó su hijo Carlos.

Lo que pasó entonces en el espanto de la primera hora fué una escena imposible de describir. El niño yacía tendido sobre el césped con el pecho abierto y ensangrentado. Había recibido toda la carga de plomo en el corazón;

el rayo no hubiera sido más pronto, ni más terrible. Con los cabellos erizados, los ojos secos y azorados, la frente lívida y empapada en sudor, forcejaba y se agitaba el desgraciado conde en medio de sus amigos que se echaron inmediatamente sobre él para impedirle que se matase. Aquello no era ya desesperación, sino frenesí y delirio. Yo mismo sentía un vértigo espantoso y corría por todos partes como un insensato. En fin, cogí en mis brazos el cuerpo inanimado de la pobre criatura que parecía dormir con la cabeza inclinada sobre mi seno; la llevé á mi cuarto y la posé suavemente sobre mi lecho, como si temiera despertarla. Cuando volví al lado del conde acababa de perder el conocimiento, y aprovechando nosotros su desmayo para arrancarle de aquel lugar de desolación, lo metimos en el coche del marqués de B... que lo llevó á su casa, á pocas leguas de allí. Yo había confiado á mis amigos el cuidado de velar por el infortunado, porque me había reservado una tarea más dura y penosa. Estrañando que no volviera su hijo, la madre podría llegar de un momento á otro. Llamé en mi auxilio todas mis fuerzas y toda mi razón, me armé de valor y me dirigí al palacio del conde del Verde-Soto.

Entré por la verja del parque, y hasta que no estuve delante de aquella morada recogida y silenciosa donde todo respiraba aun la paz y la felicidad, no comprendí claramente porque había ido á aquel sitio. Entonces me paré. Mis piernas flaqueaban y sentía desfallecer mi valor. La tarde estaba deliciosa. Un viento dulce y fresco agitaba la copa de los árboles. La condesa se paseaba tranquila y serena por la calle de árboles que había delante del paristilo. Al pasar cerca de una ventana dirigió una mirada á la péndola del salón y dijo á uno de sus criados:

—Antonio, el conde no viene; ya es tarde, es preciso que vayas á buscar al niño, pues temo que le haya sucedido algo.

Yo deseaba que se abriera la tierra debajo de mis plantas ó que el cielo se desplomara sobre mi cabeza, y estuve tentado por huir hasta el cabo del mundo. Al volverse la condesa me vió y dió algunos pasos hacia mí sonriéndose, sin duda porque no había observado el trastorno de mis facciones y creía que Carlos y el conde me seguían de cerca. Me aproximé á ella y le cogí la mano sin decirle una palabra. La desgraciada me miró, tembló y se puso blanca como un sudario.

—¿Y mi marido? ¿Y mi hijo? exclamó.

—Señora, le dije al fin, razón tenía vd. ayer al decir que toda felicidad se paga ó se espía. Era vd. la más feliz de las mujeres... y hoy es vd. la más desdichada.

La condesa repitió:—¿Y mi marido?... ¿Y mi hijo?...

—Su marido de vd. vive, le dije.

—¿Luego mi hijo ha muerto? exclamó.

Yo no respondí. La condesa lanzó un grito y cogiéndome del brazo añadió:

—¡Eso no es verdad! Vd. me engaña, vd. miente... ¡Eso no es posible! Se habrá lastimado jugando y nada más... pero no ha muerto. ¡Vd. miente!...

Yo lloraba en silencio, hasta que faltándome las fuerzas prorumpí en sollozos.

—¡Luego es verdad! ¡Luego es verdad! exclamó ella dándose golpes en el pecho y en el rostro.... ¡Mi hijo ha muerto! ¡Me han matado á mi hijo! Vamos, añadió resueltamente, lléveme vd. á donde esté... quiero verle.

Esto es lo que yo temia. Traté de sujetarla, pero ella me arrastraba con una fuerza sobrenatural.

—Quiero ver á mi hijo. ¿Quién puede impedirme que vea á mi hijo? decia con voz lastimera y en el colmo de la desesperacion.

—Señora, le dije yo, tomando un tono de autoridad, su puesto de vd. en este momento es al lado de su marido; allí es á donde debe vd. dirigirse primero. Cuando me separé del conde estaba muy malo. Sino tiene vd. valor, se morirá. No hay en el mundo nadie sino vd. que pueda salvarle. Si quiere vd. que viva, dése prisa y no pierda ni un instante.

parte de la verdad. Ella creia que su hijo se habia matado al caer desde lo alto del terradó. Durante la funebre travesía procuré reanimar su valor hablándole de su marido.

—Vd. es piadosa, le decia, vd. es mas fuerte que él. Usted tiene á Dios para sostenerse y el desgraciado no tiene mas que á vd.

Yo abrigaba la conviccion de que aquellos dos infortunados no podian salvarse sino el uno por el otro; esperaba que su desesperacion se amortiguaria en una piedad reciproca y en un mútuo enternecimiento; pero me engañaba. Apenas llegué me lancé en la habitacion, cuyas ventanas brillaban en la oscuridad de la noche. Quería preparar al



El conde levantó de pronto la escopeta, salió el tiro y cayó su hijo Carlos con el pecho ensangrentado.—Pág. 247.

Segun lo habia yo previsto, la condesa se apoderó con avidez de este nuevo alimento ofrecido á su desesperacion.

—Si, dijo, si, tiene vd. razon... pero ¡Dios mio! ¿qué ha pasado?

Y sin cuidarse de averiguar como era que el conde no estuviera al lado de su hijo continuó tirando de mí hácia la verja del parque; pero á los pocos pasos noté que vacilaba y entonces la llevé á mi coche que habia dejado á la puerta.

Seria mas de media noche cuando llegamos al palacio del marqués de B... La pobre condesa no sabia mas que una

conde para la vista de su muger. Abrí la puerta y entré. La condesa á quien habia dejado en el coche me siguió sin que yo lo notase y entró casi al mismo tiempo que yo. El conde estaba sentado sobre un sofá con la vista fija y la boca abierta en la actitud de la estupidez ó de la locura. Levantóse repentinamente, miró á su muger, retrocedió dos pasos, lanzó un grito terrible y cayó cuan largo era sobre el pavimento. Algunas horas despues al rayar el día el coche donde habia ido, llevaba al palacio del conde del Verde-Soto, á éste tendido á mi lado sin sentido y el cuerpo del niño que la madre medio loca mecía sobre sus rodillas.

III.

Esta escena era demasiado horrible, amigo mío, y sin embargo, no lo he dicho todo. El conde despertó, pero no su razón. Cuando volvió en sí, estaba loco; locura furiosa que la presencia de su mujer exasperaba en vez de apaciguar; locura tanto mas horrible cuanto que no sofocaba en él la conciencia de la realidad y cuanto que la memoria so-

brecogido de terror se ocultaba detrás de los muebles, ó escapándose de los brazos que querían sujetarle iba pálido y trémulo á agazaparse á los desvanes de su palacio de donde me costaba no poco trabajo arrancarle para llevarle á su cuarto. Al principio creí que seria un delirio pasajero; pero lejos de ceder se redoblaba la fiebre del cerebro. No dejaba que nadie se acercase á él sino yo; mi figura era la única que no despertaba su desconfianza, y la condesa se tuvo que resignar á no presentarse ya á sus ojos. La desgraciada ha-



Enrique anunciando la nueva fatal á la condesa del Verde-Soto.—Pág. 248.

breviaba al naufragio de la inteligencia. El infeliz creía que despues de haber matado á su hijo habia sido condenado á muerte, que se habia escapado en el momento en que le llevaban al suplicio y que su mujer solo le buscaba para entregar su cabeza al verdugo. Bastante sereno cuando estaba solo conmigo, daba gritos horribles en cuanto la veia. En vano se acercaba á él desolada y en tono suplicante. En vano trataba de tranquilizarle con dulces palabras, pues so-

bia perdido todo en un dia, puesto que con un solo golpe habia perdido á su marido y á su hijo. Si suprimimos al Dios de los afligidos, si quitamos á aquella infortunada el Dios que la anima y consuela, el Dios bueno que cuenta nuestras lágrimas, pregunto yo ¿qué le quedaba?

Entonces ví lo que pueden la fé y la resignacion cristiana. En las grandes crisis de la vida, la filosofia no es de ningun valor, pues solo la religion nos enseña á sufrir. ¿Qué es

por otra parte la fuerza y el valor que no proceden del cielo? Una cuestion de temperamento. La encina resiste y el arbusto se rompe. La condesa se sometió y rogó á Dios sobre las ruinas de su felicidad. En lo mas fuerte de la desesperacion, no se le escapó ni un insulto á la Providencia y conservó siempre la actitud de una santa, de una mártir. Sabía que Carlos no se habia matado de resultas de una caída, como yo habia dicho. Habia comprendido y adivinado todo y encerró este horrible secreto en su corazon, sin que jamás habláramos una palabra de esto y solo por el sentimiento de adorable piedad que mostraba á su marido, y por el exceso de su ternura y por la manera verdaderamente angelical con que se humillaba, por decirlo así, ante la desgracia del pobre insensato, veía yo que ella lo sabia todo. Cuando el conde rendido por la fatiga sucumbia al fin al sueño, se deslizaba ella en su cuarto, se arrodillaba á la cabecera de su cama, y mientras dormia le hablaba en voz baja. De este modo derramaba ella en el silencio de la noche los tesoros de amor y sentimiento que llenaban su alma. Parecía que vuelto su esposo á la razon iba á traerla á sus brazos, á enternecerse y á llorar con ella. ¡Vana esperanza! La locura volvía á apoderarse de él al despertar y la infortunada, obligada á retirarse, desaparecía como una sombra dolorida.

Era preciso tomar un partido; así es que me decidí á llamar al famoso doctor don Pedro de la Vega, residente en Cádiz. Ya le conoces; ya sabes que se reunen en ese amable anciano las cualidades mas preciosas del talento y del corazon á la ciencia mas experimentada, pues no solo se dedica á curar las esfermedades del cuerpo, sino que tambien es médico de las almas, y yo sé mas de una que le debe la salud. La condesa tenia en él una confianza absoluta y seguro era digno de ella. Despues de algunos dias de exámen y reflexiones, me llamó aparte y me dijo:

—No creo que la cabeza de este desgraciado jóven se reponga jamás del golpe que ha recibido. Para ello seria preciso un milagro y la ciencia no los hace. La locura que se apoya sobre la razon es casi siempre incurable. Es como el error que se deriva de una verdad, por absurda que sea la conclusion, si las premisas son justas, la protegen y forman para ella como una muralla inespugnable. Sin embargo, debemos intentarlo todo para su curacion aunque parezca imposible. El enfermo no puede permanecer aquí, porque la presencia de su muger, la vista de los lugares que por tanto tiempo fueron testigos de su felicidad, conservan su exaltacion, le irritan y exasperan. Debe, pues, marchar y alejarse y cuando se sienta al abrigo de las persecuciones de que se cree víctima, se calmará su delirio, y yo respondo que una vez fuera de España, su locura hoy furiosa, tomará un carácter pacífico siempre que no se le contrarie. Por lo demas, dejemos obrar al tiempo; este es el remedio que aconsejamos los médicos cuando no tenemos otros.

Tal era el parecer del doctor, y tambien el mio. Lo sometí á la condesa, que no trató de combatirlo.

—Pero, dijo llorando, puesto que soy yo la persona de quien huye y no puedo partir con él, ¿quién le acompañará?

—Yo, señora, le respondí.

Al dia siguiente, en una noche sin luna y sin estrellas nos esperaba á la puerta del parque una silla de posta. Cogí al conde del brazo que se dejó conducir sin resistencia, pues ya le habia decidido á seguirme, convenciéndole

de haber tomado todas las medidas que indicaba la prudencia para asegurar su fuga. La noche estaba oscura; sus criados dormian y su muger no sospechaba nada. Salimos con el mayor sigilo, y cuando llegamos á la verja se precipitó á meterse en el coche. Yo iba á subir detrás de él, cuando reconocí en la sombra á la condesa, la cual cogió mi mano y á pesar mio la llevó á su boca. Un instante despues los caballos partian al galope, y á los pocos dias nos hallamos en Madrid.

IV.

No nos detuvimos en la corte sino el tiempo estrictamente necesario para que el enfermo descansara de las fatigas del camino. En seguida nos dirigimos á Francia. ¡Qué viage, amigo mio! Procura formarte una idea de él, porque á mí me es imposible describirlo. Como habia predicho el doctor, desde que pasamos la frontera la locura del conde se hizo mas dulce y tratable. Verdad es, que solo habia un punto de su cerebro que estuviera atacado. Todo lo demas se hallaba sano. Hablaba sobre todas las cosas con su sensatez acostumbrada; pero me bastaba pronunciar el nombre de su muger, para desconcertar inmediatamente su razon. Ibamos de pueblo en pueblo, yo tratando de distraerle y él arastrando por todas partes la desolacion de su alma, porque si algunas veces parecia dormirse su demencia, su memoria mas implacable no le dejaba tregua ni descanso; así es, que á cualquier parte que se volviera, el desgraciado no lograba otra cosa que cambiar de tormentos. Sin embargo, yo cumplia religiosamente la promesa que al partir hice á la condesa y al doctor. Escribía con frecuencia poniéndoles al corriente de todo, y ellos por su parte me contestaban con la misma. A los dos meses de nuestra salida de Sevilla, recibí en Genova (pues hasta allí habíamos alargado nuestra expedicion), una carta de la condesa. ¡Lo creerás? Aquella carta terminaba con un grito de esperanza, y fué para mí lo que es para el náufrago que está á punto de zozobrar la vela inesperada que ve blanquear en el horizonte. El doctor habia añadido algunas líneas que confirmaban la nueva, suplicándome que la ocultara cuidadosamente al conde. Algunos meses despues recibí en Florencia dos cartas por el mismo correo, una de la condesa y otra del doctor. La primera era un himno de piadoso agradecimiento. La lei de rodillas y la humedecí con mis lágrimas. La segunda contenia mis instrucciones para el porvenir. «No hay que desesperar; todo puede repararse añadia el anciano despues de haberme manifestado el objeto á que debíamos encaminarnos; pero sobre todo no olvide vd. que el conde debe ignorarlo todo, y que de la discrecion de usted depende el éxito de la campaña.»

Meses y años trascurieron así sin que se verificase cambio alguno en el estado de nuestro pobre amigo. Habíamos recorrido casi toda la Europa, habíamos visitado el Oriente; su locura le habia seguido á todas partes. Hasta el pie del monte Olimpo, hasta las orillas del mar Muerto, en todas partes habia visto agentes secretos de su muger.

—¿Pero cómo te esplicas, le preguntaba yo algunas veces, que tu muger que es una criatura tan buena y cariñosa, quiera tu muerte y te persiga con tal encarnizamiento?

—¿Cómo me lo esplico? esclamaba. ¡Tú estás loco, Enrique! ¿Perdona nunca una madre al asesino de su hijo? ¿No he matado yo á su hijo?

Y entonces prorumpia en quejas amargas contra la Providencia mientras ella trabajaba en su favor.

Mentiria yo, me haria mejor de lo que soy si te dijera, amigo mio, que mas de una vez me sentí desfallecer bajo el peso de la empresa que habia aceptado. Puedes creer que era una carga demasiado pesada para mí, y que nunca pude imaginar que tendria fuerzas suficientes para llevarla á cabo. El que haya vivido en compañía de un loco, no podrá menos de convenir conmigo en que es mil veces preferible asistir á un leproso. Momentos habia en que me preguntaba á mí mismo con ansiedad, si estaria yo tambien loco como afirmaba el conde. Hoy mismo no estoy yo muy seguro de que la locura no sea mas tarde ó mas temprano una enfermedad contagiosa.

Las cartas que recibia de mi patria sostenian mis fuerzas y reanimaban mi valor. Las del buen doctor respiraban confianza. Las de la jóven condesa, aunque embozadas siempre por el dolor, eran como esos cielos de tempestad en que brilla el sol al través de las nubes: las sonrisas se mezclaban en ellas á las lágrimas, y entre las frases llenas de tristeza y de pesar traspiraban á veces el gozo y la confianza. Tres años habian pasado desde nuestra partida; un año mas y llegaríamos á la prueba suprema; un año mas y acaso se salvaria el conde.

Menos agitado que los precedentes este último año, no debia ser menos duro. Habiamos acabado por instalarnos en un pueblecito de Alemania. Hacia algun tiempo que mi amigo habia caido en un estado de postracion menos incómoda, pero mas alarmante que los furios de la demencia, pues pasaba días y aun semanas enteras sin pronunciar una sola palabra. Si yo procuraba sacarle del estupor en que le veia sepultado, me miraba con ojos inmóviles y se sonreia con aire de estupidez. A todo lo que yo le decia respondia invariablemente: Carlos ha muerto, y yo le he matado. El nombre de su muger le hacia temblar todavia; pero como la locura no obraba ya sino sobre sus facultades enervadas, volvía á caer casi inmediatamente en su triste inmovilidad. Indiferente á todas las cosas, ignoraba y no se cuidaba de saber á donde le habia conducido: todos los lugares eran buenos para él, siempre que no fuese en España. Justamente alarmado escribí al doctor suplicándole que abreviase tan largo martirio; pero el doctor implacable me contestó: «tenga vd. un poco de paciencia y espere.»

V.

En fin, el gran día se aproximaba. Hacia cuatro años que habiamos salido de España. Una tarde anuncié bruscamente al conde que íbamos á partir.

—¿Y por qué? me dijo; aqui estamos bien; quedémonos.

—No hay que vacilar, repliqué. Han descubierto nuestro retiro; he visto rondar por el pueblo á hombres de trazas sospechosas. Te va en ello la vida.

—¿Cosa estraña! Aquel desgraciado amaba la vida. Dios deja aun en la locura el instinto de la conservacion. Se levantó y me siguió.

—¿A dónde vamos? me preguntó cuando estuvimos en el coche.

—A Rusia, respondí sin vacilar.

Lanzó un profundo suspiro, apoyó su cabeza contra los

almohadones, y se abismó en la especie de letargo de donde yo le habia arrancado por un momento.

La silla de posta que nos llevaba al galope de los caballos, rodó sin pararse durante diez noches y diez días. A fin de que no hubiese necesidad de apearnos en las posadas, habia yo procurado llevar buena provision de víveres. Mientras duró la travesía no me hizo el conde ni una pregunta, ni dirigió una mirada á los paisajes por donde atravesábamos. Una sola vez abrió la boca para decirme tiritando: hace frio aqui... y se envolvió en su capa.

Como á las doce de la décima noche de viaje, se detuvo el carruaje delante de una casa donde no se percibia una sola luz. Invité al conde á bajar y le conduje á tientas atrevesando largos corredores. Cuando abrí la puerta de un aposento oscuro, me dijo:

—¿Dónde estamos?

—En un pueblo, cerca de Moscou.

Y como se admirase de las tinieblas en que toda la casa estaba sumergida, le respondí que no queria despertar las sospechas por si acaso nos habian seguido. Satisfecho con mi respuesta y rendido de cansancio se acostó sin luz y se quedó profundamente dormido.

VI.

Eran ya las nueve de la mañana cuando el conde se despertó. Un sol alegre de otoño bañaba su cuarto. La brisa impregnada con el olor de los bosques se deslizaba por la ventana entreabierta, y llevaba hasta él las emanaciones embalsamadas que le penetraban sin saberlo, y cuya dulce y misteriosa influencia sufría sin procurar darse cuenta de ella. Deslumbrados sus ojos por el vivo resplandor de la luz, habian vuelto á cerrarse casi inmediatamente, y permaneció algunos instantes sumergido en ese estado que no es ni la vigilia ni el sueño, mecido por los mil rumores que oia en otro tiempo al despertar: el canto de los pastores, el arrullo de las palomas, el ruido lejano de las presas y del molino, y mas cercanos los alegres gritos de niño que partian como cohetes al aire fresco y sonoro de la mañana. Aquellos ruidos, aquellas melodías agrestes le trasportaban vagamente á los días alegres de su juventud. Murmuró con voz ahogada el nombre de su hijo y el de su muger; una lágrima hinchó su párpado y humedeció sus pestañas inclinadas. Sin embargo, los pensamientos tempestuosos un instante adormecidos, comenzaban á rugir en su seno. Reclinóse repentinamente sobre su almohada y dirigió en torno suyo una mirada de asombro. Se hallaba en su casa, bajo el techo de sus padres, debajo de aquel techo que por tanto tiempo habia abrigado su felicidad. Reconoció uno á uno todos los objetos que le rodeaban, sus libros, sus cuadros, sus muebles, sus colgaduras, y todas esas pequenezas encantadoras que dan la vida á los lugares que habitamos. Se pasó la mano por la frente como quien se pregunta si es juguete de una ilusion ó victima de algun sueño, y al volver la cabeza vió de pie junto á la cabecera de su cama á su esposa y al doctor, que le observaban sonriendo.

—¡Hola! Mi querido conde, dijo alegremente el anciano, parece que esta mañana no nos sentimos mal. De buena nos hemos escapado. Podemos vanagloriarnos como Teseo de haber visto las márgenes sombrías.

—¡Ay! exclamó la condesa, vd. es, doctor, vd. es quien le ha salvado.

—¿Yo, señora? No por cierto, el mismo conde es el que se ha salvado. No ha querido dejarse morir como un necio, y cuando pienso en todas las buenas razones que tiene para amar la vida, comprendo que ha hecho muy bien.

—¡Querido Federico! dijo al conde su esposa con el acen-

—¿Qué hay doctor? preguntó la jóven condesa.

—Este pulso, señora, no teme afirmar que antes de ocho días se levantará el señor conde, y que entre tanto tomará con mucho gusto una taza de caldo ofrecida por la blanca mano de su esposa.

En aquel momento entró Antonio y se aproximó al lecho de su amo para informarse de su salud, absolutamente lo



Cuatro años después: «Era él, Carlos.»—Pág. 253.

to de una ternura apasionada. ¿Sabes, amigo mío, que nos has tenido en una suma inquietud? ¿Sabes que en tu delirio no conocías ya á tu muger? ¿Ahora si me reconoces, no es verdad? ¿No te causo ya miedo? ¿Yo soy la que te amo, la que resucita contigo!

—Vamos á ver lo que dice este pulso, dijo el médico cogiendo la mano del conde.

mismo que si le hubiera visto la vispera. El conde miraba alternativamente á su muger y al doctor. Creía estar soñando. De repente se estremeció y se incorporó en la cama... Había oído una voz infantil debajo de su ventana. La condesa corrió á ella, levantó la cortina y pronunció estas sencillas palabras:

—Carlitos, ven á dar los buenos dias á tu papá. Se abrió

la puerta y entró vivamente en la estancia un hermoso niño. Saltó sobre la cama, echó sus bracitos blancos al rededor del cuello del conde, y le dijo:

—¡Buenos días, papá!

Era él, Carlitos. El ojo de una madre hubiera podido en-

voraba el conde con los ojos, y paseaba sobre él sus manos ávidas y trémulas. En fin, con un movimiento repentino rasgó mas bien que abrió la blusa del niño, y al ver blanco y unido como una hoja de marfil aquel pecho, sobre el cual buscaba inútilmente la huella del tiro que había creído mor-



El conde y su esposa delante del sepulcro de Carlos: «Dios es bueno.»—Pág. 253.

ganarse; era Carlos, tal como le habíamos visto el día fatal en que su padre lo llevó á mi casa: los mismos ojos azules y límpidos, la misma boca fresca y risueña, los mismos cabellos rubios y finos. Cerca de la ceja derecha tenia el mismo lunar, y en el nacimiento de la nariz, bajo la transparencia de la piel, la misma vena azulada semejante á la mitad de un anillo de lápiz-lazuli. Inmóvil, asolado y mudo le de-

tal, herido de estupor y demasiado débil para tan lentas emociones, cayó desmayado con el niño en sus brazos.

VII.

Cuando recobró sus sentidos se hallaban sentados á su cabecera la condesa y el doctor; Carlos jugaba á los pies de la cama.

—Oh, amigos míos, dijo al fin ¿qué ha pasado? ¿qué pasa?

—¿Qué ha pasado? respondió el doctor, que ha estado usted muy enfermo; que ha tenido vd. lo que nosotros los facultativos llamamos meningitis, ni mas ni menos. Lo que pasa ya lo ve vd.; con la salud ha recobrado vd. la razón, y con la razón la felicidad. Esto no era mas difícil que aquello.

—Papá está curado, papá no está ya enfermo. ¡Qué contento estoy, dijo Carlos, que hojeaba un libro de estampas que el conde se acordaba haber traído un día de Cádiz a su hijo:

—¡Una meningitis! murmuró Federico como hablando consigo mismo... Pero doctor ¿he estado loco? añadió fijando en el anciano una mirada inquieta.

—¡Diantre! Aquí para entre nosotros, mi querido conde, no tenía vd. la cabeza en muy buen estado. Durante seis semanas ha corrido vd. admirablemente por esos mundos de Dios sin dejar la cama, en compañía de su amigo Enrique.

—¡Seis semanas! exclamó el conde. Me parece que han transcurrido siglos desde el día...

—Desde el día en que caíste enfermo, dijo su esposa acabando la frase que él había comenzado. ¡Oh amigo mío! esas seis semanas han sido para nosotros también siglos de angustias y de dolores!

—¡Seis semanas! repetía Federico.

—Mes y medio de fiebre y de delirio... ¿no se da todavía por satisfecho el señor conde? exclamó el doctor riéndose.

—Pero ¿cómo ha sucedido todo esto? preguntó Federico en tono de duda y curiosidad.

—Voy á recordártelo, amigo mío, dijo la joven condesa continuando una labor de tapicería interrumpida hacia cuatro años, y comenzada á la vista de Federico. Habías ido á comer con Carlos á casa de nuestro querido vecino. El tiempo estaba borrascoso hacia muchos días; tu cabeza sufría ya, y después de la comida, que según dicen, fué muy alegre...

—Demasiado alegre, dijo el doctor á manera de reflexión.

—Pasaste al terrado donde tus amigos se divertían, diversion cruel por cierto, en tirar á los pájaros del buen Dios. Enrique asegura que tenías ya la cara arrebatada.

—El señor conde, añadió el doctor, había bebido en los postres demasiado vino de Jerez.

—A pesar de la promesa que me hiciste la vispera, cogiste una escopeta... la escopeta de Enrique...

—Sí, sí, es verdad, exclamó Federico que sentía despertarse al mismo tiempo su razón y su locura... Cogí la escopeta de Enrique... Carlos estaba á veinte pasos de mí... levanté de pronto mi arma... salió el tiro...

—Y el señor conde cayó, dijo tranquilamente el doctor; el señor conde cayó como herido del rayo. He aquí las consecuencias de beber demasiado vino de Jerez en los postres.

—Y de desobedecer á su muger, añadió la condesa; amigo mío, Dios te ha castigado.

—¿Y qué sucedió entonces? preguntó Federico limpiándose el sudor que bañaba su frente.

—Lo que debía pasar, respondió el médico. Fué preciso llevarle á vd. en brazos á su casa, y ya puede vd. calcular qué agradable sorpresa tendría esta pobre señora, que poco antes le había visto á vd. partir bueno y sano. Al día siguiente me hallaba yo sentado como ahora á la cabecera de su cama de vd., y si he de hablar francamente, creía que

no había remedio. Vd. no sabe, amigo mío, lo que es el vino de Jerez: es la meningitis en botella. Al otro día tenía vd. una fiebre devoradora, y el mas soberano delirio que ha trastornado jamás el cerebro de hombre alguno. ¡Santos cielos, cómo estaba vd.! ¡Qué imaginación! ¡Qué galope tan desenfrenado por los campos de la fantasía! ¿No se acuerda vd. de los hermosos delirios que nos prodigó en aquellos días?

—¡Oh! ¡espantosos, doctor! exclamó Federico ocultando su rostro entre las manos.

—Sí, hijo mío, dijo el doctor; sí, sueños y delirios espantosos. Pero mire vd. á este niño, añadió señalando á Carlos, ¿tiene trazas de haber recibido un tiro en el pecho? ¿Y esa muger tan buena y virtuosa, le causa á vd. ya el efecto de querer entregar su cuello al verdugo?

La figura de Federico se había iluminado como por encanto. Las fantasmas que le asediaban hacia cuatro años acababan de desvanecerse, llevándose consigo el espectro sangriento de la realidad. Abrió sus brazos á su muger y á su hijo, y reuniendo á los dos en un mismo abrazo los inundó de lágrimas y de besos.

Entretanto llegué yo. Acababa de echarme abajo las barbas que había dejado crecer durante mi viaje y que todavía la vispera me daban el aspecto de un bandido italiano. Unos cuantos golpes de navaja habían bastado para rejuvenecerme en cuatro años. Estaba vestido como el día en que Federico comió en mi casa. Al verme tuvo un momento de vacilación y de duda. Yo fingí no notarlo y le felicité por su curación, embromándole á mas y mejor sobre los viajes que habíamos hecho juntos á tan poca costa.

—Decididamente, añadí, creía que tu cabeza era mas fuerte. Cuando vengas á comer á mi casa, juro que no beberás mas que agua.

Dicho esto, abracé á Carlos, á quien ya había acariciado por la mañana y me trataba como si fuera un conocido antiguo.

—¿Conoces á este caballero? le preguntó Federico.

—Es el buen amigo de papá, respondió el niño que no había olvidado su lección.

Así es como Carlos me llamaba en otro tiempo. La madre, á quien había hecho temblar la pregunta dirigida al niño, retuvo con trabajo un movimiento de alegría que pudo delatarse: corrió á él y le besó.

—Vamos, vamos, dijo el doctor, basta de emociones. El señor conde necesita descansar. Háganme vds. el favor de dejar á mi enfermo en paz:

Diciendo así nos llevó afuera y exclamó:

—¡Se ha salvado! ¡se ha salvado!

Y todos nos abrazamos llorando.

—¡Mamá, preguntó el niño que tiraba á la condesa del vestido, lo he dicho como querías?

—¡Sí, querido tesoro perdido y recobrado; sí, querido ángel volado que me ha devuelto el cielo! exclamó la condesa levantándolo en sus brazos.

VIII.

Federico se había salvado efectivamente. Al cabo de unos escasos días había vuelto á los hábitos de su vida venturosa. Cuantos le rodeaban, amigos, criados, y conocidos se presta-

ban gustosos á la astucia inocente que acababa de volverle á la razon. Sostener y prolongar su error era nuestro estudio constante y nuestra única preocupacion. El mismo Carlos, gracias á la vigilancia de su madre y gracias tambien á no sé que maravilloso instinto, parecia dedicarse á reproducir todos los gestos, todas las inflexiones de voz, todas las locuciones familiares que podian engañar la ternura del convaleciente. Cuatro años de luto y de viudez habian dejado huellas profundas en el rostro de la condesa; el mismo Federico estaba tan cambiado que no pensaba en admirarse, y por otra parte, la palidez de su esposa, sus facciones marchitas y sus ojos abrasados por las lágrimas, se explicaban por las noches de insomnio que habia pasado á la cabecera de su marido.

Sin embargo, á medida que recobraba las fuerzas y la salud de la juventud, rujía en el fondo de su destino un temor sordo, y ya el vago sentimiento de la realidad, que nos persigue en medio de los sueños, comenzaba á deslizar-se bajo la ilusion que le mecía. A pesar de nuestros cuidados; luces repentinas alumbraban la noche del abismo donde se habian sepultado cuatro años de espanto y de desesperacion; inclinado sobre el borde de la sima clavaba allí una mirada atónita, y se preguntaba si con efecto eran la fiebre y el delirio los que habian engendrado todos los monstruos que la habitaban.

Algunas semanas hacia que manifestaba el deseo de venir á verme, y tuvimos que imaginar mil proyectos para separarle de semejante idea. Una mañana salió solo y se dirigió á mi casita de campo, y al llegar al terrado se detuvo allí en el sitio fatal y no siguió adelante.

Desde aquel día, su carácter, poco antes tan cariñoso y tratable, se hizo desigual y casi duro. Tenia horas de lúgubre melancolía que nada podia distraer, horas terribles en que la presencia de Carlos le irritaba. Sorprendíase algunas veces observándole con ojo desconfiado, y á veces tambien le contemplaba con felicidad; pero en esa misma felicidad, para los que eran testigos de ella, habia un lado doloroso casi tan terrible como la locura. Temíamos sus momentos de despejo y lucidez, y su ceguedad nos embriagaba. Conocíamos que su curacion no seria completa sino cuando pudiera sostener sin debilitarse el siniestro brillo de la verdad; pero el doctor pensaba que era preciso esperar; ¿y qué mano se atreveria á arrancar la venda que cubria sus ojos?

El conde acabó por observar que su muger salia todas las tardes, algunas veces sola, y frecuentemente con Carlos sin decir jamás á donde iba.

Una tarde que salieron los dos trató de seguirlos Federico, sin que ellos se apercibieran, y despues de una hora de marcha por la falda de una colina, los perdió de vista al volver el sendero. Cuando él mismo llegó á la cumbre del ribazo los buscó inútilmente con la vista, y resuelto á esperarlos se sentó sobre el muro de un cercado muy bajo entapizado de musgo y de yedra. Al cabo de algunos instantes, observó que aquel muro servia de cerca al cementerio del pueblecito inmediato. Saltó dentro del cercado y caminando á pasos lentos se puso á mirar uno á uno los sepulcros rústicos, casi todos escondidos bajo las flores y verdura. Iba á retirarse, cuando en el ángulo del campo funebre descubrió medio oculto por las matas de madreselva y de los rosales, una lápida de mármol, coronada por una cruz, que

en aquel instante herian los últimos rayos del sol. Se aproximó y leyó esta inscripcion:

*Carlos,
hijo de los condes del Verde-Soto,
muerto el 2 de setiembre de 1840
á la edad de tres años y tres meses.*

—
¡Ruega por tu padre, oh mi querido hijo!

IX.

Federico lo comprendió todo.

Cayó de rodillas y permaneció largo tiempo con la frente hundida en el polvo.

Cuando levantó la cabeza la condesa del Verde-Soto y su hijo estaban de pie delante de él, semejantes á dos ángeles de la guarda.

—Dios nos le ha devuelto, amigo mio, dijo aquella, empujando á Carlos hacia los brazos de su padre.

—¡Dios es bueno! respondió Federico.

Y estrechó al niño contra su corazon.

Hoy, añadió Enrique terminando su interesante historia. Federico cree en la Providencia.

REGRESO DE CRISTÓBAL COLON.

Cuando Cristóbal Colon, desdeñado por los sabios de Salamanca, se alejaba tristemente hacia el convento de la Rábida, donde en los dias de adversidad suprema habia encontrado siempre un asilo, exclamó Isabel: «¡Empeñaré si es necesario los diamantes de mi corona, y el genovés partirá!» Menos de ocho meses despues que se pronunciaron estas palabras, algunos dias posteriores á su regreso, el inmortal genovés recibia en Sevilla un mensajero de la reina, quien le entregaba una carta concebida en estos términos: «A don Cristóbal Colon, nuestro almirante del mar Océano.» El día en que llegó esta carta fué en realidad el día del triunfo, y seguramente el instante mas dulce para el corazon del grande hombre. Por este mensaje, Isabel se asociaba, con la indecible gracia que le han reconocido todos sus contemporáneos, á la inmensa gloria que ella sola habia previsto. Los secretos regocijos que recompensaron al noble corazon de Colon, los sufrimientos de que él mismo nos habla con tanta amargura, los sintió en Sevilla, y el triunfo, del cual debia ocuparse el mundo entero, tuvo efecto en Barcelona.

Era el mes de abril de 1493; hacia un hermoso día de primavera, de aquellos que aparecen tan risueños en Cataluña. Las murallas de la ciudad estaban cubiertas de banderolas, y las naves del puerto se veían todas empavesadas. De los baluartes y de las naves surgian luces rápidas, seguidas de mil detonaciones que se confundian con el sonido de las campanas, de las fanfarrias, de las trompetas y de los gritos de la multitud; la campana grande de Santa Eulalia, patrona de la ciudad, enviaba á los aires sus sonidos graves y mesurados, y por intervalos le contestaba el atornador repique de Santa María del Mar. Allí se veía el júbilo y cierto aspecto imponente en este estruendo de una grande ciudad; celebrábase una fiesta sin nombre, una fiesta que nunca mas debia renovarse.

Colon caminaba hacia la *Casa de la Diputacion*, no solitario como el dia en que su pobre montura le conducia tristemente hacia el convento de la Rábida, sino cercado de la pompa que solo pertenece á los soberanos. Delante del cortejo marchaban alegres hileras de tropas catalanas, al compás de los pifanos y de los tambores; despues venia un peloton de guardias castellanas, que se distinguian por su aire marcial, y sobre todo por su fiereza; en seguida llegaba el almirante ciñendo un traje suntuoso, y caballero en un brioso corcel.

Siete indios que se habian tomado en diversas islas, y que habian sobrevivido al viage, marchaban formando hileras; iban ciñendo sus salvajes adornos en armonia con la imponente solemnidad en que figuraban; brazaletes de oro adornaban sus piernas, y cercaban sus cabezas con coronas de plumas. Los primeros llevaban guacamayos con plumaje rojo y azul, cuyas aves confundian sus gritos discordantes con el tumulto del pueblo, y atraian la atencion de la multitud que admiraba con pasmo su brillante plumage. Despues de los guerreros salvajes venian los expedicionarios; llevaban las coronas de oro, presente de Guacanagari; los ídolos de piedra adorados por los *ignaris*, que se habian ofrecido á Colon; las máscaras esculpidas de ojos de oro, halladas en la isla de Cuba; antorchas groseramente fabricadas, pero brillantes por los colores variados que ostentaban; caimanes, tortugas terrestres é *ignaras*, cuyos colores verde y azul habian ya desaparecido.

Otros marineros elevaban por los aires ramas de palmera, que conservaban todavia sus frutos desecados; otros iban cargados de *macanas* de madera, de hierro, de arcos, de largas flechas adornadas con plumas de avestruz, que suministraron el primer combate de los europeos contra los carabos, y en medio de estas armas y de estas palmas, se elevaba la bandera de la cruz verde, con las armas de los dos reinos que habia flotado en riberas tan lejanas.

Mas humilde, pero mas gloriosa todavia, venia la del almirante; leíase en ella en caracteres de oro:

*Por Castilla y por Leon
Nuevo Mundo halló Colon.*

Esta leyenda tan sencilla, que tanta gloria recordaba, explicaba las armas que acababan de conceder al almirante; eran las del reino en cuartel de un grupo de islas rodeadas de olas, de áncoras de oro en campo azul.

El cortejo desfiló rápidamente y llegó bien pronto delante del palacio conocido bajo el nombre de la *Casa de la Diputacion*, donde los reyes de Aragon tenian su residencia cuando iban á visitar á sus vasallos de Cataluña.

Los dos tronos se habian elevado en un espacioso salon abierto á la multitud, donde estaban los retratos de los antiguos condes de Barcelona, tan famosos por su valor y por su aficion á la gaya ciencia.

Pero en vano buscaban los ojos aquellas formas elegantes y ligeras de la arquitectura árabe, cuya agradable variedad se halla en Granada por todas partes. Desde el siglo IX, los moros habian sido espulsados de Barcelona; no habian podido formar ningun establecimiento permanente en aquel hermoso pais, y por eso las iglesias y los palacios reproducian las formas arrogantes de la arquitectura gótica ó el cintro romano cuyo carácter es á un mismo tiempo ele-

gante y grave. Para la solemnidad que se preparaba se habia revocado gran parte del edificio; en la estremidad del salon, y encima de los tronos se inclinaban treinta estandartes ganados á los moros en Málaga y en Granada.

Los reyes (de este modo se designaba á los dos esposos), se habian rodeado de todo cuanto constituia su gloria. Apareció Colon y creció el júbilo de los monarcas, un murmullo confuso se propagó por todo el salon... los augustos consortes se levantaron.

Y el grande hombre hincó la rodilla en tierra: pensando en Dios humillaba su genio. Isabel tomó la palabra antes que Fernando, privilegio que se habia tomado comprendiendo en él un gran pensamiento.

—Don Cristóbal Colon, nuestro almirante y virey de las tierras de Indias, levantaos...

—La reina y el rey, mis señores, me han ayudado y favorecido despues de Dios; concédanme sus altezas darme sus reales manos á besar.



Cristóbal Colon.

—Señor almirante, dijo á su vez Fernando; esas son señales de vasallage, y vos no recibireis aqui mas que demostraciones de honor; sentaos, don Cristóbal.

Colon besó la mano de su graciosa soberana, y despues pasó á sentarse entre los grandes de Castilla.

Algunos meses despues de esta ceremonia, de la cual no es posible indicar aqui todos los pormenores, Pedro Martyr, el erudito de las poéticas narraciones, el hombre de las previsiones entusiastas exclamaba. «¿Quién puede admirarse hoy entre nosotros de los descubrimientos atribuidos á Saturno, á Ceres y á Tolomeo? ¿Qué mas han hecho los fenicios, cuando en regiones lejanas reunieron pueblos errantes y fundaron nuevas ciudades? Estaba reservado á nuestra época ver acrecentarse tambien la estension de nuestras concepciones (1).»

(1) Véase Alejandro de Humboldt, *Geografía del Nuevo Continente* y sobre todo la excelente vida de Colon publicada por Lamar-tine en la coleccion del *Civilizador*.

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



El Renacimiento, copia del cuadro de Mr. Landelle

EL RENACIMIENTO.

Las artes tuvieron predominio en Grecia, en Egipto, en la India, en todo el imperio romano, y por consiguiente en la Germania, en la Galia y en Iberia. Proceden de épocas muy remotas, y su nacimiento se ve envuelto en las tinieblas de la incertidumbre, de tal modo, que algunas veces, cuesta trabajo saber cual es el pueblo que las trasmitió á los otros. La estatuaria llegó en Grecia á tal grado de per-

TOMO XI.

feccion, que se supone que allí tuvo su origen; tambien la arquitectura sobresalió, y aun cuando el gusto de los egipcios y de los romanos se diferenciaba, no por eso llegó á obtener una elevacion extrema. La pintura solamente permaneció siempre inferior á lo que nos han ofrecido los tiempos modernos.

Sin embargo, todas las artes declinaron poco á poco durante el bajo imperio y llegaron por todas partes á una completa decadencia. Pero el imperio de Bizancio parecia conservar aun algunos vestigios de prosperidad, cuando la

33

toma de Constantinopla por Mahoma II (1403), obligó á los artistas á abandonar una ciudad y un país, donde el alfanje era el único poder y la única razón. La religión de los turcos como no permitía hacer, ni tener ninguna figura, los artistas emigraron á toda prisa; unos se refugiaron en Alemania, otros en Italia, en Venecia ó en Florencia. Esta es, pues, la época que se ha considerado generalmente como la del *renacimiento*, pero estamos muy lejos todavía de poder precisar lo que se entiende por esto. Hasta resta saber si se quiere hablar del siglo en que vivía Giotto, el Dante, ó bien si se quiere hablar del reinado de los Médicis ó del de Carlos V, pues todas estas épocas se designan con la palabra *renacimiento*.

El *renacimiento* debe estudiarse en Italia mejor que en ninguna parte, porque allí se refugiaron los artistas bizantinos que conservaron el fuego sagrado. Desde el principio del siglo XIV, se ve á Giotto, pastor de las cercanías de Florencia, abandonar la choza y la custodia del rebaño para tomar la paleta. Todavía se conservan algunos de sus trabajos, entre los cuales citaremos de una manera particular á *Jesucristo durmiendo en la barca de San Pedro*, pintura en mosaico, colocada ahora bajo el pórtico de la iglesia de San Pedro de Roma, y tan conocida bajo el nombre de la *Navecilla*: á *Bonifacio VIII publicando la bula para la institución del jubileo*, fresco pintado en San Juan de Letran; y otros muchos cuadros sacados de la *Historia de San Francisco*, obra muy notable en todos conceptos.

De la misma época citaremos á Buffalmacco, á Bernardo Orcaña y á Bernardo Nelli, que pintaron muchos frescos en el cementerio de Pisa. Contemporáneo de estos artistas fué Tadeo Gaddi, que trabajó en Florencia, en Pisa y en Arezzo.

La escultura, como no esperó una decadencia tan fatal como la pintura, es más difícil probar la época de su decadencia. Sin embargo, podemos citar como notables en el siglo XIV, los mausoleos de los príncipes Angevinos en Nápoles, entre otros, el de Roberto de Anjou, por Tomás, hijo de Esteban, ordinariamente designado bajo el nombre de Masuccio. Terminaremos citando los retratos de *Petrarca* y

de la *Divina Lanza*, esculpidos por Simon de Siena en 1344.

La arquitectura, no tuvo, por decirlo así, decadencia, pero el estilo griego y el estilo romano se reemplazaron con la arquitectura llamada gótica, en la cual se encuentra el gusto árabe. Abandonóse también esta, y aquí tuvo principio lo que se llamó *renacimiento*. No entraremos en pormenores sobre el particular, pero citaremos, la torre de Santa Clara en Nápoles, por Tomás, llamado *Masuccio*; el palacio de San Marcos en Roma, por Julian Maiano; las iglesias de Santo Tomás y del Espíritu Santo en Florencia, por Felipe Bruneschi, etc.

El *renacimiento* se dejó sentir también en Alemania, y nosotros damos igualmente en España la denominación de *renacimiento* al siglo del emperador Carlos V, cuyas obras contemporáneas atestiguan nuestro aserto.

El grabado que acompañamos es la imagen simbólica del *renacimiento*, que sobresale por su sentimiento artístico y delicado. El autor ha tenido el difícil acierto de representarla con todos los caracteres propios de las esculturas del siglo XVI, y que se encuentran también en cierto número de pintores de la misma época. Las cejas delgadas y distantes de los párpados, frente elevada, tipo elegante, pero algo glacial y casi desdeñoso, que recuerda las orgullosas bellezas de las cortes; la longitud de los brazos, de las piernas, de los dedos, todos estos detalles pertenecen á un tipo bien conocido de los que saben distinguir las escuelas y los diferentes períodos del arte en España, Italia y Francia. Semejantes proporciones dan á las figuras cierto aire de nobleza, aunque muchos artistas del *renacimiento* las han exagerado. El autor ha reproducido voluntariamente su exageración para consignar el gusto de la época y dar un carácter de verdad á su alegoría. Suponiendo que esta mujer se levantara, la encontraríamos de una estatura desmesurada, y en contraposición de las reglas del arte, tendría su cuerpo una longitud de más de diez cabezas; pero sería inoportuno criticar este defecto, porque es un defecto intencional y un rasgo verdaderamente histórico.

B**

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

JUAN JACOBO AUDUBON.

Audubon ha sido á la vez, un sabio, un artista y un escritor distinguido. Por su origen y por su educación pertenecía á la Europa, y á la América por sus viajes, sus indagaciones y sus estudios: sus obras, concebidas en el Nuevo Mundo, se han publicado en el antiguo continente, las cuales constituyen hoy uno de los más interesantes monumentos de las ciencias naturales, ramificación del saber humano y patrimonio de todos los países.

Juan Jacobo Audubon nació en Nueva-Orleans el año de 1780. Sus padres fueron originarios de Francia; desde su más tierna edad se revelaron las inclinaciones del naturalista, las cuales fueron animadas y secundadas por la ternura de su padre. El prefacio de su grande obra (1) contiene

(1) *Ornithological biography*, etc.

sobre los primeros años de su vida, pormenores llenos del más vivo interés, y presentados con un encanto, que estamos seguros de agradar con ellos á nuestros lectores, limitándonos á traducirlos del inglés casi literalmente.

«Antes de tener amigos, dice, los objetos de la naturaleza material llamaron mi atención y conmovieron mi corazón. Antes de comprender las relaciones del hombre con su semejante, conocí, sentí las relaciones del hombre con la naturaleza. Me enseñaban la flor, el árbol, el césped, y no solamente me divertía con estos objetos como hacen los demás niños, sino que me adhería á ellos, y llegaban á ser mis camaradas. En mi candidez de niño, les prestaba una vida superior á la mía, y mi respeto, mi afección por estas cosas inanimadas, datan desde una época que apenas puedo yo recordar. Esta singularidad ha influido en todo el curso de mi vida, sobre mis ideas y sobre mis sentimientos. Apenas podía pronunciar aquellas primeras palabras que tanta

alegría causan á una madre, apenas podía dar algunos pasos, cuando los diversos matices del follaje, y la azulada tinta del cielo me colmaban de infantil regocijo; mi intimidad comenzaba á nacer con esta naturaleza que tanto he amado, y que me ha recompensado con tan infinitos goces; intimidad que no se ha debilitado nunca, y que solo se extinguirá conmigo. Ningun abrigo me parecía mas seguro ni mas grato, que las sombras que buscaban las familias aladas que yo tanto admiraba, que las rocas y las cavernas que servían de asilo á otro género de animales. Mi padre me acompañaba muy á menudo; le gustaba proporcionarme flores y pájaros, y me hacía admirar sus formas, sus colores y su belleza. Mi excelente preceptor me hablaba de sus costumbres, me hacía notar la variedad de su aspecto, segun las estaciones; me animaba de este modo, no solamente á estudiarlas, sino á admirar en ellas la obra del Criador.

»Una alegría viva y pura, una especie de apacible voluptuosidad llenaban de esta manera mis juveniles años. Horas enteras se fijaba con encanto mi atención sobre los huevos brillantes de las aves, sobre el lecho de musgo que encerraba y protegía sus perlas, sobre las ramas que los sostenían balanceados y suspensos, sobre las rocas desnudas y batidas por los vientos de las riberas atlánticas. Velaba con una especie de éstasis secreto sobre el desarrollo que seguía al momento del nacimiento; los unos venían al mundo con los ojos abiertos, los otros no los abrían sino muchos dias despues de haber roto su envoltura. Entregaba mi espíritu y mi alma á estos fenómenos, cuya variedad me estaba sorprendiendo siempre. Me complacía en observar el progreso lento de algunas aves hacia la perfección de su ser, y en mirar ciertas especies, que apenas salían del huevo echaban á correr.

»Crecí, y mi pasión por la historia natural creció conmigo. Todo cuanto veía me lo hubiera querido apropiarse. Mas ambicioso que los conquistadores, yo deseaba el mundo, y mis votos no tenían límites. Me rebelaba contra la muerte que despojaba de sus formas los mas bellos colores de las aves que yo había logrado coger. Inventaba mil medios para combatir este monstruo, la muerte, que inutilizaba todos mis trabajos y destruía los objetos de mis afecciones. Tenté luchar contra ella, pero las constantes reparaciones que exigían mis pájaros disecados probaban que la muerte era mas poderosa que yo. Participé mi dolor á mi padre, quien quiso consolarme trayéndome un tomo de láminas iluminadas, donde hallé por dicha mía las imágenes bastante exactas de las aves que hacían mis delicias, y cuyas tristes imágenes decoraban hasta entonces las paredes de mi pequeño aposento.

»Esto produjo en mí una viva y ardiente alegría. No encontraba los seres que habían sido compañeros de mi infancia, pero al menos veía su imagen. Comprendí que el medio de apropiarme la naturaleza, era copiarla. Héteme aquí dibujante imberbe y sin experiencia, copiando todo lo que se presentaba á mis ojos, pero desgraciadamente todo muy mal copiado.

»Por espacio de muchos años estuve haciendo y rehaciendo pájaros. Estas aves, unas veces parecían cuadrúpedos y otras peces. Terminé por avergonzarme de mis pacientes esfuerzos que me daban tan miserables resultados, pues apenas yo mismo podía reconocer el ave que acababa de dibujar. Mi pincel, creador de razas desconocidas y despropor-

cionadas me movía á compasión. Lejos de desalentarme, se irritó mi pasión. Mientras mas mal pintadas aparecían mis aves mas admirables se me figuraban las originales. Copiando y recopiando sus formas, su plumaje y sus diversas particularidades, continuaba sin advertirlo, el estudio mas minucioso de la ornitología comparada. Estudié tanto mejor los detalles de la organización de las aves, cuanto que buscaba con mas paciencia reproducirlos con exactitud. Tal era la vivacidad de esta pasión pueril, pero que no ha disminuido con la edad, y si se me hubiesen quitado mis croquis, creo que me hubieran dado la muerte.

»Mi padre creyó descubrir en esta inclinación tan pronunciada una aptitud natural para el arte del dibujo. A la edad de quince años me envió á París, donde estudié algun tiempo en el taller de David. Copiaba narices gigantescas, bocas colosales, cabezas de cabellos erizados. Aquello no me gustaba y me apresuré á regresar á mis florestas natales, y apenas volví á América, me entregué de nuevo con ardor, pero con mejor éxito, á los estudios que para mí tenían tan visibles encantos.

»Recibí entonces de mi padre un donativo que me fué doblemente agradable, por el valor mismo del regalo y por la delicadeza de una atención que lisonjeara mis gustos mas pronunciados. Me hizo el presente de una magnífica plantación, situada en Pensilvania, regada por las aguas de Schuylkil. Contraí matrimonio en esta deliciosa residencia que ofrecía al paisagista modelos tan pintorescos. Dios bendijo mi unión; los cuidados del menaje, la ternura que yo experimentaba hacia mi esposa, y el nacimiento de dos niños no disminuyeron mi pasión ornitológica. Mis amigos la desaprobaban. Mis indagaciones y mis estudios ocasionaban gastos bastante considerables que no tenían compensación alguna; me asaltaban mis sueños de prosperidad; mi entusiasmo me sostenía, y veinte años de observaciones y de investigaciones aumentaron mas todavía esta llama secreta que me animaba. Un invencible atractivo me precipitaba hacia las antiguas florestas del continente americano..... Empecé solo largos y peligrosos viajes, penetré en los bosques y me perdí en las soledades seculares. Las riberas de nuestros lagos inmensos, nuestras vastas praderas y las playas del Atlántico, me vieron sin cesar andar errante en sus secretos asilos; y de esta manera trascurrieron años enteros.

»No era un vano pensamiento de gloria el que á la sazón me preocupaba; yo solamente quería gozar de la naturaleza. Cuando niño quise poseerla toda entera, y hombre ya, embriagaban mi corazón los mismos deseos y las mismas inclinaciones. Todavía no había tenido la idea de que mis esfuerzos pudieran llegar á ser útiles á mis semejantes. El príncipe de Marignano (Luciano Bonaparte), á quien encontré en Filadelfia, me obligó á que publicara mis ensayos, y desde entonces varió el curso de mis ideas; era el primer empuje que se daba á mi carrera. Por otra parte, Filadelfia y Nueva-York, donde recibí una excelente acogida, no me ofrecieron medios pecuniarios para continuar mi empresa. Subí la ancha corriente de Hudson, mi barca bogó de nuevo sobre estos lagos que parecían océanos y me sumergí mas que nunca en mis queridas soledades.

»El número de mis dibujos se acrecentaba; mi colección se completaba, y comencé á soñar con la gloria. El buril de un grabador europeo no podía eternizar la obra de mi juven-

tud, el resultado de aquella labor continua y de celo perseverante? Estas quimeras acariciaron mi imaginacion, sentí que mi valor se duplicaba y que mi porvenir se engrandecía.

»Después de haber habitado durante muchos años la aldea de Henderson en el Kentucky, en las márgenes del Ohio, partí para Filadelfia. Mis dibujos, mi tesoro, mi esperanza, estaban cuidadosamente embaljados en una maleta que cerré, y que confié á uno de mis parientes, no sin rogarle que vigilara este depósito tan sagrado para mí. Mi ausencia duró seis semanas; poco después de mi regreso pregunté por mi maleta; me la trajeron, la abrí, y júzguese

tomar mi escopeta, mi album, mi zurrón de caza, mis lápices, y me interné en mis bosques como si nada me hubiera sucedido. Héteme aquí empezando de nuevo todos mis dibujos, y encantado de ver que me salían mucho mejor que antes. Me fueron necesarios tres años para reparar el daño causado por los ratones de Noruega, pero fueron tres años de verdadera felicidad.

«Mientras mas se aumentaba mi catálogo, mas sentimiento y pesar me causaban las lagunas que allí se encontraban. Yo deseaba estar en estado de completarle. Solo y sin socorros, ¿cómo poner fin á una empresa tan vasta? Me pro-



Tórtolas de la Carolina.

cual seria mi desesperacion, cuando solo hallé pedazos de papel roto; cama cómoda y dulce sobre la cual reposaba una familia entera de ratones de Noruega. Una pareja de estos animales habia roído la madera, se habia introducido en la caja y habia instalado en ella su familia; he aquí todo lo que me quedaba de mis trabajos; cerca de dos mil habitantes aereos dibujados é iluminados por mi propia mano convertidos en ceniza. Un ardor sofocante atravesó mi cerebro como una flecha candente; todos mis nervios se estremecieron, y tuve calentura durante muchas semanas. En fin, la fuerza física y la fuerza moral se despertaron en mí. Volví á

meti no descuidar nada de cuanto mi bolsa, mi tiempo y mis trabajos pudieran hacer en mi beneficio. Cada dia me iba alejando mas de los parages habitados por los hombres; al cabo de ocho meses, ví coronada mi tarea; habia esplorado todos los retiros de nuestros bosques. Iba á visitar á mi familia que habitaba entonces en la Luisiana, y llevando conmigo todas las aves del nuevo continente, me encaminé hácia el antiguo. Una dichosa travesía me condujo á Inglaterra. Al aspecto de aquellas costas, frente de aquella opulenta ciudad cuyo patrocinio podia pagarme tantos afanes, y cuya indiferencia podia tambien dejarme languidecer en la

indigencia y el olvido, no pude menos de experimentar una especie de terror y la ansiedad mas profunda. Pensé en mi situacion precaria, en mi aislamiento en un pais donde no tenia un solo amigo, en este desierto poblado de hombres desconocidos, y tal vez hostiles... Eché de menos mis bosques, pensé con pesar en este largo viage, y en mi empresa que me parecia tan aventurada como heróica... ¡Dios me ampare! En Liverpool, los Roscoe, los Rathbone, los Trail,

obra que Cuvier presentó al Instituto, «como el mejor monumento que ofreció el arte á la naturaleza.» La obra se publicó á espensas y bajo los auspicios de setenta y cinco suscritores, nobles amigos de la ciencia, quienes se apresuraron á patrocinar esta vasta empresa: el precio de cada suscripcion era de mil dollars.

La *Biografia ornitológica*, no es solamente una obra de historia natural, es un cuadro variado, es el fruto de



Nido atacado por una serpiente de cascabel.

los Chorley, los Mellie; en Manchester, los Gregg, los Lloyd, los Sergeant, los Holme, los Blackwall, los Bentley me acogieron, me sostuvieron, y mi gratitud se complació en ofrecerles el tributo que les debía mi corazon. Edimburgo, no me ofreció patrocinios menos ardientes y menos generosos.»

Con efecto, en Edimburgo se publicó aquella espléndida

observaciones reunidas durante todo el curso de su vida por un amigo apasionado de la naturaleza, que ha acompañado á sus indagaciones la perseverancia del sábio, la inteligencia del artista, y el talento del escritor. El libro de Audubon no es la obra de un sábio de gabinete, ó de un viajero curioso, visitando y comparando los objetos reunidos en las colecciones y los museos; es la obra de un observa-

dor paciente, á la vez, pintor hábil, cazador determinado; la obra de un poeta, que ha escogido á la naturaleza por su musa, á quien le ha entregado su existencia. Ha pasado la noche al pie del árbol que servía de asilo al pájaro que quería estudiar, ha atravesado á nado el río para coger el ave que huía de su persecucion. Las fatigas, las privaciones, los peligros no debilitan jamás su perseverancia. Dejó por estas indagaciones su pais natal, su familia, y hasta descuidó sus intereses personales ¿Qué nombre buscaremos para caracterizar un celo semejante, una abnegacion de esta especie? ¿Es adhesion á la ciencia, instinto de observador ó una mision providencial que le fué á él encomendada?.... Pero dejemos que él mismo nos hable, pues su diario de observaciones, es á un mismo tiempo el de sus emociones, el de sus gozos, el de sus sufrimientos; escuchémosle trazár algunas de las fases de su vida aventurera, con aquel colorido y aquel encanto que la pasion que le domina esparce con tanta abundancia sobre sus cuadros.

«Cuando dejé la Pensilvania, dice, para volver al Kentucky, llevé conmigo á mi muger y á mi hijo mayor, entonces de poca edad. Las aguas estaban muy bajas. Compré un esquife, embarcacion chata, ancha y cómoda. Hicimos nuestras provisiones, y dos negros vigorosos nos acompañaron.

«Esto sucedía á fines de octubre. El Ohio, el rey de los rios, reflejaba en su onda apacible aquellas hermosas tintas de otoño. La atmósfera estaba tibia, y el disco del sol tenia un color de fuego. Bogábamos apacibles y silenciosos, admirando la salvaje magnificencia de las escenas que nos cercaban; pocas veces he experimentado unas sensaciones tan deliciosas. Llevaba conmigo todos los objetos de mis afecciones, y aquella naturaleza no tenia para nosotros mas que aspectos risueños.

«Por un lado del Ohio se elevan altas colinas llenas de elegantes grupos y de pendientes muellemente inclinadas; á la izquierda vastas llanuras llenas de fertilidad. En el seno del río surgen islas de todas dimensiones: el río serpentea dulcemente en derredor de estas islas, cuyas sinuosidades son tan ondulosas, que muchas veces se piensa bogar sobre un gran lago y no sobre un río.

«Al aproximarse la noche, á medida que la sombra se esparcía por el río, experimentamos una nueva y profunda emocion. El ruido de los cencerros de los rebaños, el sonido del caracol del pescador, el prolongado grito de guerra del gran buho, todo este ruido iba siendo mas perceptible al paso que la luz diurna desaparecía: nosotros escuchábamos todo esto con un interés poderoso y con una curiosidad indecible. El sol reaparecía en fin; algunas notas esparcidas y escapadas á los habitantes de los bosques, nos anunciaban que la naturaleza se despertaba; acá y allá, la habitacion del colono revelaba una civilizacion naciente. Encontrábamos de vez en cuando algunos otros bateles cargados de madera ó de mercancías, que no tardaban en desaparecer; otras navecillas mas pequeñas conducian emigrados de todas las partes del mundo, que iban á buscar un asilo y á plantar sus tiendas en aquellas vastas soledades.

«Las pintadas, que abundan en estas riberas, venian sin desconfianza á revolotear por encima de nosotros, y acudían á nuestras comidas. Con solo un tiro adquiríamos un festin espléndido. Escogíamos para comedor algun lugar umbroso, tapizado de musgo verde; encendíamos lumbre con ramas secas, y dudo, en verdad, que algun gastrónomo

mo haya encontrado en el lujo de su mesa mas esquisitas voluptuosidades.

«Este viage de doscientas millas me ha dejado deliciosos recuerdos. Despues de veinte años, estas riberas desiertas han cambiado de fisonomia; su grandeza nativa, su belleza primitiva ha desaparecido: ya no existen los espesos ramares que dibujaban su verdosa arcada; los árboles añosos tampoco existen ya; el hacha ha aclarado estos hermosos bosques que decoraban con un feston movable la cima de aquellas costas. La sangre de los indigenas y la de los nuevos habitantes se ha mezclado con las ondas del río, cuya posesion se disputaban. Y no encontrareis allí, ni al indio coronado con su diadema de plumas, ni aquellos rebaños de búfalos y de gamos; cuando las herramientas del carpintero y del albañil descansan y se callan, el incendio devora bosques enteros, y la civilizacion se anuncia con sus estragos. La tranquila calma del Ohio se ve surcada por una multitud de barcos de vapor que turban sus ondas y oscurecen el aire de su humeante huella. El comercio acaba de sentarse sobre estas antiguas rocas, y la Europa nos lanza todos los años el sobrante de su poblacion, como para ayudarnos en esta invasion, en esta conquista progresiva é inevitable.»

Abreviaremos con pesar estas citas, que bastarán al menos para demostrar el estilo de este brillante naturalista, y los ricos colores con que sabe revestir sus cuadros. Nunca descuida la ocasion de presentar á los ojos del lector las bellezas naturales del pais que recorre, y los rasgos principales que le caracterizan. Al mismo tiempo que describe las aves que le pueblan, pinta el paisaje, los accidentes y el aspecto general. Los árboles, las flores, las praderas, las tintas del cielo y de las aguas se reproducen con tanta variedad como brillo bajo su pluma fiel y elegante: su estilo anima y completa escenas que solo el lápiz hubiera presentado con inmovilidad. Tal es una escena verdaderamente sorprendente que Audubon ha introducido en la descripcion del águila de cabeza blanca (*the white head eagle*), el terror de las razas aladas en los dos hemisferios. Es una página notable que no hemos podido leer sin sentir una emocion real, emocion que seríamos felices en hacer trasmitir á nuestros lectores en una rápida traduccion.

«A la aproximacion del invierno, en el momento en que millares de aves huyen del Norte para pasar á climas mas calientes, si dejais deslizarse vuestra barca por la corriente del Mississipi, lanzad una mirada sobre el árbol cuya cima es gigantesca. Allí está posada el águila. Su mirada centelleante y terrible se pasea por esta vasta estension; muchas veces se detiene sobre un punto: observa y espera. Escucha y recoge todos los sonidos: el curso ligero del gamo que atraviesa el follage no se escapa á su oido. En la parte opuesta, el águila hembra posada como la otra en una cima elevada, hace igualmente centinela. De tiempo en tiempo lanza un grito como para sostener su vigilancia. El águila responde á él batiendo sus alas y bajando su cuello, que pasea en su derredor. Luego se detiene, y en su inmovilidad, en su silencio, se creeria que era una estatua. Las aves marítimas huyen impulsadas por la corriente, presa que el águila desdeña, porque su atencion está fija en otra parte. De repente se oye á lo lejos un sonido salvaje y metálico. Es el canto del cisne. Un grito penetrante de la hembra advierte al macho. Este se incorpora, todo su cuerpo se estr-

mece y da un fuerte sacudimiento á su plumage: va á emprender su vuelo.

»El cisne con sus alas de nieve se adelanta, con el cuello estendido y con la mirada tan atenta como la de su enemigo. El movimiento de sus alas, no pudiendo apenas sostener la masa de su cuerpo, replega sus patas para facilitar su vuelo. Se aproxima, pero el águila ha marcado ya su presa. Apenas se ve cerca de la temible pareja, cuando el águila, llena de ardor guerrero, se lanza desde su apostadero lanzando un grito, mas terrible para el cisne que sería el tiro de un cazador. Llega con la rapidez del rayo sobre su presa, que en la agonía de la desesperacion maniobra para evitar sus golpes: el cisne baja su cuello, describe un semicírculo, y procura huir de la muerte sumergiéndose en el agua. Pero el águila ha previsto el ardid, y obliga al cisne á permanecer en el aire, sosteniéndose sin cobardía encima de ella, y amenazándole herir su vientre. Esta hábil táctica no carece nunca de objeto. El cisne se cansa y pierde sus fuerzas á medida que reconoce la superioridad de su antagonista. El águila, que teme verle caer en el rio, le hierde oblicuamente y obliga á su victima moribunda á caer en la ribera inmediata.

»Entonces es cuando es digno de verse, no sin espanto, el triunfo de este terrible enemigo de las razas aladas. Se precipita sobre el cadáver del ave vencida, hunde profundamente sus garras en su corazon, y se embriaga de gozo con las últimas convulsiones del cisne moribundo. Sus ojos se inyectan de sangre y se inflaman de orgullo. La hembra, que ha seguido todos sus movimientos llena de confianza con el éxito, viene y se reúne con el macho y ambos se ceban en el cisne.»

He aquí algunos rasgos con que este sabio, este filósofo, sabe pintar las obras de la naturaleza. No solamente describe las aves del Nuevo Mundo, sino que reproduce todos los objetos, todas las escenas que dicen relacion con su estudio favorito. Coloca sus razas aladas en cuadros llenos de variedad y de color local. Ha necesitado un enojoso curso de facultades y de condiciones para dar nacimiento á una obra tan magnífica. Desgraciadamente el subido precio de esta grande obra impide que se propague de la manera que se merece; sería digno de los amigos de la ciencia formar una asociacion análoga á la de los ornitólogos ingleses, á fin de hacer pasar este hermoso libro á nuestra lengua, y reproducirle bajo cierta forma que le permitiese figurar en la biblioteca de todos los naturalistas.

Cuando Audubon llegó por primera vez á Inglaterra, hizo entre los sabios el mismo efecto que Franklin habia producido á fines del siglo último, entre los hombres políticos del antiguo mundo.

Audubon falleció el 27 de enero de 1851. Estuvo muchas veces en Francia, donde los sabios le acogieron siempre del modo mas digno y satisfactorio. De regreso á su pais natal, publicó una nueva edicion de su grande obra, y trabajó con el doctor Bachman en una historia de los cuadrúpedos, que terminó en 1830. Dichoso por haber dado en estos dos monumentos un memorable testimonio de su gusto apasionado por la historia natural, murió apaciblemente en el retiro que habia elegido en las márgenes del Hudson, y desde donde podia contemplar aquella bella naturaleza, que su pluma y sus pinceles habian descrito tantas veces con felicidad.

P. A. C.

LA VEJEZ DE LOMNIKY-BUD-GE.

Una risueña mañana de abril, pasó por el puente de Praga un anciano que caminaba silencioso y meditabundo y con la mirada siempre en un mismo objeto. Aunque pobremente vestido, su andar digno y magestuoso, revelaba desde luego que aquel hombre no era ciertamente el hijo mas predilecto de la humildad, aun cuando si, compañero inseparable de la modestia. Frente espaciosa, mirada tranquila y penetrante, su fisonomía toda era el símbolo de la inteligencia, y no de esa inteligencia vulgar, sino de aquella penetración que admira. Los transeúntes, al verle pasar no podian menos de dirigirle un saludo de respeto y veneracion.

Llegó á la mitad del puente, sentóse en un banco de piedra, y los mendigos y los niños empezaron á decirse mutuamente:

—El viejo contador, vamos á escucharle.

Con efecto, el pobre anciano soltó el palo en que apoyaba su respetable ancianidad; puso á sus pies el mugriento y despedazado sombrero, sobre el cual cayeron por intervalos algunas monedas de cobre. Los mendigos, los niños y los transeúntes le rodearon, y aquella figura noble y patriarcal dió principio á una historia desgraciada que todos escucharon con el mayor interés.

Era tal su elocuencia, era tal la pintura que hacia del protagonista de aquella historietta, que algunas veces vió honrada su narracion con las lágrimas de sus oyentes.

La profundidad de sus pensamientos, la erudicion que acompañaba á sus discursos, los oportunos episodios con que amenizaba sus cuentos, y la amargura con que espresaba la ingratitud de los hombres, atraian y fijaban la atencion de los hombres mas eminentes que en un principio le habian escuchado con desden.

Es el caso, que nadie conocia á este pobre anciano por su nombre; todos le llamaban solamente el viejo contador de historias. Todas las mañanas se sentaba en un mismo sitio, y siempre tenia una historia que contar.

Predicador consecuente del pueblo, daba saludables máximas á los súbditos del rey... Y varias veces se permitia dirigir reconvenções particulares contra el gobierno de Praga. No faltaron espías que enterasen á Rodolfo II de las máximas que pregonaba el mendigo contador del puente, y en su consecuencia dió orden de que le prendieran.

Las órdenes de Rodolfo fueron ejecutadas, y aunque los oyentes compadecieron al narrador, y vituperaron la conducta del príncipe, el anciano fué conducido al palacio del soberano.

Este, cuando vió en su presencia al andrajoso, se sonrió malignamente y le habló en los términos siguientes:

—Dios te guarde, apóstol del pueblo de Bohemia.

—Gracias por tan honroso dictado, respondió el mendigo haciendo una inclinacion respetuosa.

—¿Quién eres? le preguntó Rodolfo.

—Señor, ¿no me conocéis?

El rey estuvo largo tiempo recapacitando, y viendo que la memoria no le ayudaba en su grave y prolija indagacion repuso:

—No te conozco, á fé mia.

—No es extraño, respondió el viejo; los años, y los sufrimientos morales borran de un todo las huellas de la primi-

tiva felicidad... porque habeis de saber, señor, que yo he sido tambien muy dichoso.

—¿Y por qué hoy eres desgraciado?

—Porque siempre he querido decir la verdad, y esta virtud no es la que mas se recomienda delante del poderoso.

—¿Quién eres? habla.

—Escuchadme: hace bastantes años, erais muy jóvenes, vuestra administracion estaba en manos de hombres venales y aduladores. Hubo un hombre demasiado franco que quiso apartar de vuestro lado un favorito que comprometia vuestro poder, y que os daba saludables consejos.

Pero generalmente la perfidia puede mas que la fidelidad, cuando existen almas débiles y condescendientes. El hombre leal fué castigado y protegida la infamia. La lealtad tuvo que separarse de la contagiosa morada donde imperaba el vicio y la malignidad; retiróse al hogar doméstico con la tranquilidad del justo, y se rodeó de los seres que mas halagaban su existencia; pero la calumnia penetra tambien hipócritamente en el santuario de la virtud.

Este hombre desgraciado, que habia nacido con númen poético, buscó un tranquilo desahogo en el seno de la poesia; sus versos eran la espresion de sus sentimientos; el pobre poeta tenia una herida en lo mas hondo de su corazon, y pensó cicatrizarla refiriendo sus pesares. La estampa propagó estos pensamientos, el público los acogió con aplauso y el vate fué víctima de la persecucion mas encarnizada.

El rey Rodolfo, ultrajó á su consejero haciéndole pasar por las mas vergonzosas humillaciones; sin respetar el lustre de su cuna, vulneró y holló los derechos que tenia de

caballero; le arrancó del seno de su querida familia; le despojó de todos sus bienes, de todos sus honores; y luego por que tomó parte en la guerra de la independencia contra el Austria, le quiso llevar á un suplicio.

Huyó el poeta, y durante su emigracion tuvo noticias de la prematura muerte de su hijo, que espió injustamente el delito de su padre; tuvo tambien noticias de la muerte de su amada esposa, que tambien espió el supuesto crimen de su esposo. El poeta anduvo por tierras estrañas mendigando el sustento, recorriendo los hospitales, impetrando la caridad de los estrangeros, y cambiando sus versos por un pedazo de pan.

La prensa le cerró sus puertas, porque vos dispusisteis que sus escritos no fueran admitidos en ninguna imprenta bajo pena de muerte; disteis un perdon general para los emigrados, y á él tuvo que acogerse el peregrino errante. Volvió á Praga; ya nadie le conocia, y viendo que la imprenta no le admitia sus ideas para estamparlas, quiso propagarlas de viva voz, y para ello estableció su humilde cátedra en el puente, donde predicó largo tiempo la verdad, y donde se propuso reformar las costumbres de su amada patria.

—Luego tú eres Lomniky-Bud-ce.

—No os habeis equivocado; ahora llevadme á la prision.

Rodolfo fué esta vez indulgente con su antiguo consejero, y le proporcionó una vejez descansada, aun cuando no tomó parte en los destinos públicos de Bohemia.

B***



La vejez de Lomnicky, copia del cuadro de Cermak.